



IRENEO HAUSHERR, S. J.

La obediencia religiosa

IRENEO HAUSHERR, S. J.

LA OBEDIENCIA RELIGIOSA

Teología de la voluntad de Dios
y obediencia cristiana

1968

mensajero

Apartado 73 —Bilbao

Versión española por A. Arza, de la obra francesa titulada: L'OBEISSANCE RELIGIEUSE. Théologie de la volonté de Dieu et obéissance chrétienne. Editions Prière et Vie. TOULOUSE.

Nada lo impide: José Velasco, S. J.

Censor eclesiástico

Imprimase: ✠ PABLO, Obispo de Bilbao

Bilbao, 22 marzo 1968

© Ed. Prière et vie, 9, rue Monplaisir. TOULOUSE

© Ed. Mensajero C. J. - Apartado 73
BILBAO - ESPAÑA 1968

Depósito Legal: BI 697 - 1968

PRINTED IN SPAIN

IMPRESA GRAFICAS ELLACURIA - Buenos Aires, 13 - BILBAO

INTRODUCCION

Quizá de mucho tiempo a esta parte ha habido una especie de inflación de la virtud de la obediencia. La interpretación demasiado literal de algunas normas y orientaciones de algunos autores ascéticos y fundadores de Ordenes religiosas, el excesivo juridicismo eclesial y hasta cierta forma de facilitación del gobierno externo, han influido en esta exaltación de la obediencia.

El fin que se asigna a la obediencia en todas estas direcciones —la certeza del conocimiento de la voluntad de Dios— para su realización perfecta apoyaba esta postura. El obediente acertaba siempre con la voluntad de Dios. Y, por lo tanto, en orden a vivir un cristianismo auténtico o una vida de perfección en

una Orden o Instituto religioso, no necesitaba más que acomodarse a la obediencia, porque siempre su actuación sería conforme a la voluntad de Dios, norma suprema del obrar perfecto. Con esta visión se limitaba no poco, por lo menos en la práctica, la posibilidad de una comunicación directa del alma con Dios y en consecuencia se mutilaba la personalidad del individuo como realización de decisiones personales, teniéndole siempre pendiente del superior y descargándole de toda responsabilidad personal.

Si por un lado se acertaba con una seguridad, por otro se destruían unos valores fundamentales del cristiano: su comunicación directa con Dios y su propia responsabilidad de actuación.

Un examen más profundo de la obediencia, en su aspecto teológico e histórico, indica que ésta implica una serie de problemas mucho más graves y complejos. En primer lugar, al descartar la comunicación de Dios con la persona o, por lo menos, al desvincular a esta comunicación de una certeza segura sin una intervención del superior se cercenaba de una manera carente de fundamento la relación Dios con hombre, sobre todo en la vida personal. La realización comunitaria de la voluntad de Dios puede implicar una relación mucho más estrecha con la actuación del Superior, porque se trata de una obra en común, en cuya realización hay que tener en cuenta elementos mucho más complejos. Pero aun en ésta hay que dejar un margen a la comunicación de Dios a los miembros; y el superior para acertar con la voluntad de Dios deberá recoger todas estas comunicaciones mediante un sano diálogo con sus súbditos.

Por otra parte, la certeza que da la obediencia no exime en modo alguno de la necesidad de reflexión en el súbdito. Porque éste tiene que tener conciencia de que lo que manda el Superior no es pecaminoso ni contraindicado para conseguir el fin que mediante la actuación concreta se pretende obtener. El Superior no es infalible. Puede equivocarse. Y el súbdito tiene que hacer uso de su razón y de su fe para conocer debidamente lo que el superior ordena.

Pero no es esto sólo lo que exige la reflexión del súbdito. El mandato del superior viene formulado en una terminología humana, en un medio humano y en unas circunstancias concretas y determinadas. El súbdito tiene que reflexionar para comprender perfectamente el sentido, contenido y alcance del precepto y la forma de realizar de la manera más perfecta lo preceptuado. Como dice Hausherr, no hay peor huelga que la aplicación material y literal de los reglamentos y preceptos. No hay virtud de obediencia, sino destrucción de la misma en una obediencia literal que desvirtúa el alma y el sentido de los mandatos. El hombre no deja de ser racional, ni deja a un lado su fe, al someterse a un superior.

El sentido fundamental, esencial de la obediencia es su enraizamiento y su participación en la realización de todo el misterio cristiano. La obediencia desconectada de este misterio, la obediencia no inserta en el misterio cristiano, en la realización del misterio de la redención de Cristo y como Cristo en la obediencia por los cristianos, es una desviación de su sentido total y verdadero.

Es cierto que en el fondo siempre existía como la razón de ser de la obediencia, en inserción y comunión

del cristiano en Cristo, en todos los aspectos y fundamentalmente en la realización total del misterio pas-cual. Pero quizá este sentido quedaba demasiado oculto y en muchos casos parecía perderse de vista.

El Decreto Perfectae caritatis sobre la oportuna adaptación de la vida religiosa, dice: «Que los religiosos se someten por la fe a sus superiores» a ejemplo de Jesucristo, que vino a hacer la voluntad de su Padre (cfr. Jn 4, 34; 5, 30; Heb 10, 7; Sal 39, 9) y «tomó forma de siervo (Flp 2, 7) aprendiendo con sus padecimientos la obediencia».

Aunque el Decreto habla directamente de los reli-giosos, y de la obediencia religiosa, toda obediencia cristiana tiene el sentido de la obediencia de Cristo. Y, por eso, aunque hablemos de la obediencia religiosa principalmente, las directrices generales se pueden apli-car también a la obediencia cristiana.

El Decreto habla de la obediencia a «ejemplo de Cristo»; quizá hubiera sido más exacto que hubiera dicho «en Cristo», para dar mejor el verdadero sentido de la obediencia. Porque la obediencia cristiana y re-ligiosa no sólo se hace a imitación de Cristo, sino en unión y comunión con El.

En efecto, el cristiano al insertarse en Cristo en el Bautismo, ya no pretende imitar a Cristo, como si Este fuera un modelo exterior que hay que reproducir más o menos exactamente, y del que copia la obediencia; sino que por la acción del Espíritu Santo recibido en el Bautismo quiere realizar en sí mismo a Cristo, traspasándolo totalmente a su vida. No es una imita-ción, sino una realización de Cristo mismo en su vida y, por lo tanto, en la obediencia. No imita la obediencia de Cristo. Realiza la misma obediencia de Cristo.

La obediencia de Cristo no es una obediencia de una criatura a su Creador, cuando Cristo asume la na-turalidad humana, sino es la comunión del Hijo con el Padre en una unión común de voluntades. La obe-diencia es la epifanía y riqueza de la comunión de amor entre el Padre y el Hijo.

Alejándose del sentido de la obediencia puramen-te humana, la obediencia cristiana se inserta en una categoría diversa. Entre la voluntad del cristiano y la voluntad de Cristo se debe verificar una comunión de voluntades, haciéndose la voluntad del cristiano la vo-luntad de Cristo y la voluntad de Cristo la voluntad del cristiano, por la fe y el amor.

Como se ve, pierde todo aspecto jurídico y se rea-liza una comunión-fusión de voluntades entre Cristo y el cristiano hasta verificarse aquello que dice San Pa-blo: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí». Si la obediencia carece de este sentido de comunión con Cristo en amor y fe, deja de ser obediencia cristiana, para convertirse en una obediencia humana y natural, que puede tener lugar en cualquier organización social.

Con mayor razón esta obediencia tiene estos ca-racteres en la obediencia del religioso, que no es más que un desarrollo ulterior, voluntariamente aceptado y ratificado y confirmado con voto de la obediencia prometida en el bautismo mediante la inserción en Cristo.

El cristiano y el religioso mediante esta obediencia se insertan en la voluntad del Padre a través de la vo-luntad del Hijo, que vive en comunión con la voluntad de Aquél. Para esto es necesario insertarse en Cristo plenamente. Y una vez insertada en Cristo, toda la vida

queda entregada, vinculada hasta los más mínimos detalles a la voluntad de Cristo.

La obediencia que en algunos produce cierto género de alergia y provoca una especie de rebeldía innata e instintiva, como si fuera una disminución de la persona, no sólo no tiene ninguna de estas características, sino que, al contrario, viene a ser una de las virtudes que más ennoblecen y hacen superarse al cristiano y al religioso, porque lo convierte en realizador de Cristo en sí mismo, hasta convertirse en otro Cristo.

Esta obediencia tiene además el sentido y es realmente el sacrificio perfecto del cristiano en Cristo. Este sacrificio se consuma en la muerte de Cristo en la cruz y en la muerte del cristiano y del religioso en el bautismo y en la profesión para resucitar con Cristo. La obediencia tiene las dos vertientes: la muerte y la resurrección como inserción en el Cristo total, porque el sacrificio pascual comprende los dos aspectos, el de la muerte y el de la resurrección.

La obediencia tenía en Cristo un valor salvífico y redentor. La obediencia del cristiano y del religioso tiene que tener también esta característica, si realmente es una comunión con Cristo.

Como toda comunicación con Dios, la obediencia es una comunicación en primer lugar con Dios en un sentido vertical. Pero así como puede haber una comunicación con Dios sin una relación con los prójimos, al menos directa, no sucede así con la obediencia. Porque al ser ésta una comunión con la obediencia de Cristo y al tener ésta también un sentido horizontal para la redención de muchos, también la obediencia del cristiano y más la del religioso debe tener un sentido ho-

rizontal para con los hermanos. Esto lleva consigo la función de servicio a los hermanos. Cristo en todo cuanto hizo, en su comunión de obediencia con el Padre, se entregaba al servicio de los hermanos. La comunión del cristiano con Cristo, que carece de este sentido salvífico de los demás, no sería una obediencia propiamente cristiana o religiosa.

El problema puede surgir cuando se trata de concretar cuál es el contenido de este servicio. Porque siempre se ha de entender el servicio dentro de unos límites que no le hagan perder su carácter de obediencia religiosa y cristiana. Se puede decir que el contenido de este servicio es todo aquello que en el orden natural o sobrenatural puede ser un servicio de la persona humana. Cuando el Decreto Perfectae caritatis habla de que los religiosos se entregan al servicio de la Iglesia, como Cristo al servicio de todos (n. 14 § 2), quiere decir que este servicio de los religiosos a la Iglesia equivale al servicio de Cristo a todos. El servicio de la Iglesia lleva consigo el servicio de los demás, porque no se puede ni concebir un servicio a la Iglesia, que no sea para la edificación del Cuerpo de Cristo (n. 14 § 3). Y esta edificación del Cuerpo de Cristo según la voluntad del Padre es un servicio a los demás. Y aunque el servicio de que habla se refiere directamente a la edificación del Cuerpo de Cristo, pero esta edificación comprende también todos los servicios de orden natural como base y fundamento del orden sobrenatural. No es necesario que los fieles o los religiosos estén sometidos a todos los grados de la Jerarquía eclesiástica para que la obediencia sea una misión de servicio para los demás, porque es una unión y comunión de voluntad con el Padre celestial en Cristo

por amor y por fe. Porque puede suceder que en determinados casos el Papa, tanto a algunos fieles, como a algunos religiosos, les tenga a su servicio, para poder atender y solucionar las mayores necesidades de la Iglesia. Y entonces esta obediencia viene a ser realmente no un servicio cualquiera, sino un servicio especial.

El P. Hausherr, en su breve pero profundo estudio de la obediencia, ha recogido muchas ideas acerca de ella. Y sobre todo ha procurado acudir a las fuentes para estudiar la naturaleza de la obediencia, tanto en su aspecto meramente cristiano, como en su peculiaridad religiosa¹.

Sin embargo, uno de los puntos más interesantes de la obra es el estudio que hace de las diversas llamadas o los diversos medios con que Dios puede y de hecho llama a los hombres a la obediencia. Y estas llamadas son también perfectamente aplicables a la obediencia religiosa.

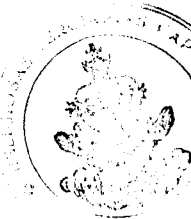
Es un problema que quizá había pasado desapercibido a muchos autores que escribían sobre esta virtud. Y la razón puede ser que estos escritores muchas veces, al menos explícitamente, prescindían de la comunicación directa de Dios con el alma. En esta comunicación directa de Dios con el alma a través de unos hechos o acontecimientos hay siempre un llamamiento de Dios y la respuesta es una obediencia.

¹ Quizá algunos puntos, por su formulación excesivamente esquemática, no quedan suficientemente desarrollados y pueden parecer opiniones no fundadas. Pero si se leen con detenimiento nos parece que todos ellos son orientadores y que pueden abrir camino para comprender mejor el sentido y contenido de la obediencia.

Aunque el autor no haya agotado el tema, pero ha presentado aspectos interesantes de la obediencia y la ha presentado con puntos de vista realmente atractivos, para poder profundizar todavía más en el sentido verdadero de la obediencia. Si realmente se consigue darle el verdadero sentido a esta virtud, acabará la crisis que de ella puede existir en todos aquellos que quieren practicar la obediencia con fe y amor. Si algunos la quieren practicar sin estas dos virtudes, fracasarán, porque la obediencia sin una base de fe y una expansión de amor a Cristo y al Padre, no puede ser una comunión con ellos y acabará por ser irrealizable.

ANTONIO ARZA, S. J.

***Naturaleza de la
obediencia***



LA OBEDIENCIA DEL CREYENTE

Creer en Dios es creer en alguien que tiene todo en sus manos, es decir, no solamente en alguien Todopoderoso que ha creado el cielo y la tierra, todas “las cosas visibles e invisibles” abandonándolas después a su propio destino o querer, sino en alguien sin cuya intervención no se hace nada de cuanto se ha hecho, se hace o se hará a través de los siglos.

Este alguien Todopoderoso en este sentido, es un alguien infinitamente sabio, que conduce todas las cosas creadas por El hacia un fin previsto desde toda la eternidad y totalmente digno de El.

Este Sabio Todopoderoso es Caridad, plenitud y perfección del Amor *en Unidad* de Naturaleza y Trinidad de Persona: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En

consecuencia está también en sus obras, en la Creación, Redención y Santificación. San Ireneo desarrolló perfectamente esta perspectiva teológica fundamental. Lo mejor será que le dejemos hablar a él mismo.

1) LA OBEDIENCIA DEL CREYENTE VISTA DE PARTE DE DIOS

“Al principio Dios creó a Adán, no porque tuviese necesidad de él, sino para tener alguien en quien derramar sus beneficios. Porque no solamente antes de la existencia de Adán, sino incluso antes de toda creación el Verbo glorificaba a su Padre, habitando en El; y el Verbo era también glorificado por el Padre, como lo dijo El mismo: *Padre, glorifícame con aquella gloria que tuve yo cerca de ti antes de que el mundo existiese*: (Jn 17, 5). No nos ordenó que le siguiésemos, porque El tuviese necesidad de nuestro servicio, sino para darnos la salvación. Seguir al Salvador es tener parte en la salvación; seguir a la Luz es recibir la luz. Los que están en la Luz no la iluminan, sino que, al contrario, Ella les ilumina y les esclarece. El ejercicio del servicio de Dios no da nada a Dios, porque Dios no tiene necesidad de los honores que el hombre le tributa. El es el que confiere la vida y la incorrupción y la salud eterna a los que le siguen y le sirven; beneficio que les hace a sus servidores por sus servicios, a sus discípulos por su adhesión. No es un beneficio que recibe de parte del hombre; porque El es infinitamente rico y no necesita nada. Dios exige a los hombres que le sirvan, porque por su bondad y misericordia, quiere hacer el bien a los que perseveran en su servicio.

Así como Dios no tiene necesidad de nada, el hombre tiene necesidad de unión con Dios. La gloria del hombre consiste en la perseverancia en el servicio de Dios. Por eso decía el Señor a sus discípulos: *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros* (Jn 15, 16), para indicar que no eran ellos los que le glorificaban al seguirle, sino, por el contrario, siguiendo al Hijo de Dios, El los glorificaba. Más aún: *Quiero que donde yo esté, estén ellos también conmigo para que vean mi gloria* (Jn 17, 24); y esto no por vanidad, sino porque quería hacerles partícipes de su gloria de la que Isaías dice: *Yo traeré tu descendencia del Oriente y los reuniré del Occidente. Diré al Septentrión: devuélvelos; y al Mediodía: no los retengas. Traed a mis hijos de las regiones lejanas y a mis hijas de los confines de la tierra, y a todos cuantos llevan mi nombre, que yo los creé y formé para mi gloria* (Is 43, 5-6). *Donde esté el cadáver, allí se reunirán los buitres* (Mt 24, 28); tomando parte en la gloria del Señor, Dios nos ha creado y formado para esto: “para que estando con El participemos en su gloria”¹.

En resumen, Dios-Caridad creó para hacer felices a otros, es decir, seres inteligentes que le hacen el honor de aceptar libremente su gran designio de alabanza, de la gloria de su gracia (Ef 1, 12, 14) perfectamente uno en sus dos aspectos: glorificación del Creador por la beatificación de sus criaturas, “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Lc 2, 14).

¹ IRENEO: *Adversus haereses* IV, 14, 1 (cfr. ed. «Sources chrétiennes», n. 100, 1965, p. 538 ss.).

2) LA OBEDIENCIA DEL CREYENTE VISTA DE
PARTE DEL HOMBRE

“Dios se diferencia del hombre en esto: Dios hace, el hombre es hecho. El que hace es siempre el mismo; el que es hecho debe recibir un principio, un medio, añadidura y aumento. Dios hace el bien, el hombre recibe el beneficio. Dios es absolutamente perfecto, siempre semejante e igual a Sí mismo; es todo Luz, todo Inteligencia, todo Sustancia y origen de todos los bienes. El hombre, por el contrario, recibe aumento y progreso en su caminar a Dios. Así como Dios es siempre el mismo, así el hombre presente en Dios, está en continuo progreso hacia Dios. Dios nunca cesa de hacer el bien y de enriquecer al hombre. El hombre que agrada a Dios es, de hecho, un receptáculo de su bondad y un instrumento de su glorificación. Por el contrario, el hombre que desagrada a Dios, que desprecia su Amor, que no se somete al Verbo, es un receptáculo de un justo juicio”².

“En primer lugar es necesario que respetes tu condición de hombre y después participes en la gloria de Dios. No eres tú quien haces a Dios, sino que Dios te hace a ti. Si, pues, eres uná obra de Dios, presta atención a la mano de tu Artesano que hace todo en tiempo oportuno. Preséntale un corazón dócil y maleable. Conserva la forma que te dio el Artesano. Conserva en ti la humildad, para que no pierdas, por endurecimiento, la impronta de sus dedos. Si tú conservas el orden (*compaginatus*) subirás hasta la cima. El arte de Dios

² Ibid. IV, 11, 2 («Sources chrétiennes», p. 500 ss.).

no dejará de aparecer en el barro que hay en ti. Su mano, que ha fabricado tu sustancia, te revestirá por dentro y por fuera de oro puro y de plata, y te embellecerá de tal manera que el mismo Rey admirará tu belleza.

Si, por el contrario, te endureces y rechazas su arte, si eres ingrato para con El, siendo como eres hombre, perderás de una vez el efecto de su arte y la vida. Lo propio de la bondad de Dios es hacer, lo propio de la naturaleza del hombre es ser hecho.

Si, pues, le entregas lo que es tuyo, a saber, la fe en El y la sumisión, recibirás su arte y serás una obra perfecta de Dios. Si, por el contrario, no crees en El y huyes de sus manos, tú serás la causa de tu imperfección, porque no le has obedecido, y no El, que te llamó. El envió sus emisarios para invitar a las bodas, pero los que no aceptaron, ellos mismos se privaron del banquete real”³.

El ideal de toda perfección y de toda felicidad, para todo hombre que viene a este mundo, es la realización total del designio de Dios sobre él, mediante la aceptación total de cuanto Dios hace y por la cooperación activa que plugo al Creador pedirle. *Fides et subiectio*: fe en la bondad del Unico Bueno, en la identidad entre la voluntad de Dios-Señor y la caridad de Dios-Padre; y lógicamente, aceptación íntegra, en conjunto y en particular, de este plan paternal: un sí perpetuo a Dios-Padre.

³ Ibid. IV, 39, 2 («Sources chrétiennes», p. 964 ss.).

LA OBEDIENCIA SEGUN JESUCRISTO

1) EL HOMBRE NUEVO: JESUCRISTO

Esta perfección ideal la realizó plenamente el Hijo de Dios, Jesucristo, al que deben conformarse todos los que, siendo hombres, “dióles poder de ser hijos de Dios” (Jn 1, 12).

“Tened los mismos sentimientos (*phronein*, significa ideas y sentimientos) que tuvo Cristo Jesús” (Flp 2, 5). La vida interior de Cristo fue y no podía ser sino plena, sencilla y maravillosamente filial para con Dios, su Padre, y, por lo mismo, fraternal para con los hombres a los que les hizo sus hermanos. Y esta piedad filial, siempre en vela, se traduce en una perpetua e indefectible voluntad de sumisión aun en los menores

detalles de su programa de Redentor, nuevo Rey de la humanidad arrebatada a la esclavitud.

Este Rey, “elegido de mano de Dios nuestro Señor”, a quien deben reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los cristianos⁴, este Rey que se llama a sí mismo Maestro y Señor (Jn 13, 14), que afirma solemnemente su realeza (Jn 18, 36) ante el funcionario romano; este “Rex regum et Dominus dominantium” (Ap 19, 16), este Hijo Unico ante el que se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, este Hijo de Dios que se ha hecho Hijo del hombre, obedece siempre y en todo lugar a Dios, su Padre, con alegría de su alma, incluso en la hora de las tinieblas y en la tristeza mortal. “Por lo cual entrando en este mundo dice: No quisiste sacrificios y oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: Heme aquí que vengo —en el volumen del Libro está escrito de mí— para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (Heb 10, 5-7). Este es el único motivo de la Encarnación, este es el programa completo de Cristo para la glorificación del Padre, para su propia gloria y para la salvación del mundo, “que estaba perdido por falta de obediencia”⁵.

En toda su vida terrena éste será su único afán, su gran amor. El secreto y el resorte de toda su vida interior es “hacer la voluntad del que me envió y acabar (es decir, realizar hasta el final) su obra” (Jn 4, 34). Además, poco antes de entregar su alma al Padre, revisando como en un supremo examen de conciencia la fidelidad de su obediencia a la misión recibida, viendo

⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios espirituales*, n. 92.

⁵ SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Carta de la obediencia*, n. 2.

que faltaba un detalle, “Jesús para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed” (Jn 19, 28). En El se verificó en primer lugar, lo que había afirmado: “Antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o una tilde de la ley hasta que todo se cumpla” (Mt 5, 18). Para El, más que para nadie, tiene valor su humilde pero valiente réplica al tentador: “El hombre vive de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4, 4). Su alimento es hacer la voluntad del Padre, es decir, no solamente lo que le conserva vivo, sino lo que desarrolla su vida de acuerdo con la plenitud de gracia y de verdad, de la que vivimos también nosotros por nuestra parte en la medida de nuestra propia obediencia.

“Conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre y que según el mandato que me dio el Padre así hago” (Jn 14, 30 ss.). Esta frase afirma una doble identidad: a) entre el amor para con el Padre y la sumisión del Hijo; b) entre esta sumisión amorosa del Hijo y el amor fraternal del Redentor. Son como las cuatro dimensiones de la caridad: altura y profundidad, anchura y longitud. Solamente se sale de ella por las tinieblas exteriores del falso amor y de la eficacia ilusoria. Pretender amar a Dios en el cumplimiento de una voluntad diferente de la suya o trabajar en la salvación del mundo según un plan diferente al de Dios Salvador, tal vez produzca mucho cansancio, pero fuera del Camino, tal vez procure momentos de gozo intenso, pero ésta no será la alegría de la verdad (cf. I Cor 13, 6); podrá ser tal vez un embriagarse de actividad, pero ésta no es una vida auténtica. Solamente Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida; y Jesús, Hijo Unico y muy Amado, imagen perfecta de Dios invisible, “Pri-

mogénito de toda criatura; porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo, de la tierra, las visibles y las invisibles..." (Col 1, 15 ss.). El mismo expresó lo más íntimo de su ser al decir: "En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, porque lo que Este hace lo hace igualmente el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que El hace" (Jn 19, 20).

En esto es Hijo por esencia, filial por excelencia:
en no poder hacer nada por sí;
en hacer todo lo que hace el Padre;
en no hacer más que eso;
y en hacer todo eso.

No hacer algunas cosas por mí,
y hacer otras cosas por el Padre;
En manera alguna de una parte mi iniciativa
y por otra la del Padre,
toda mi espontaneidad consiste siempre en querer y
[hacer

todo cuanto hace y quiere el Padre
hasta la imposibilidad de no querer ni hacer jamás
[otra cosa

que lo que el Padre hace y quiere.

Y esta imposibilidad es la omnipotencia.

Y esta cautividad de adoración,
es la libertad y la santidad.

El todo, la razón *porque el Padre ama al Hijo*.

Porque todo es del Padre,
y todo en el Padre es amor,
incluyendo en ello el amor con que el Hijo ama al Padre.

Porque si El no puede hacer *nada*
que no vea hacerlo al Padre,

El no puede amar tampoco
nada que no sepa ser amado por el Padre.
Este es Jesús, este pan del cielo
que nosotros debemos asimilar
hasta tener en nosotros su vida,
su vida interior del Hijo del Hombre-Hijo de Dios,
y la misma espontaneidad filial.

2) CUALIDAD DE LA VOLUNTAD DE DIOS SEGÚN JESUCRISTO

El problema no consiste por lo tanto en obedecer o no obedecer, sino solamente en cuál es la voluntad de Dios a la que se debe someter o conformar, adaptar, ajustar mi voluntad. En una palabra: ¿cuál es la voluntad de Dios?

En el cosmos, el "macrocosmos" y en el microcosmos que es el hombre, todo lo inconsciente está sometido al dominio del Dios Pantocrator y conspira a la realización de su plan. Si el Omnipotente crea a su imagen seres inteligentes y libres, éstos tendrán como ley suprema y como condición de su perfección y de su felicidad la aceptación íntegra de este mismo plan de Dios por la sumisión libre a la voluntad de Dios en general y en particular.

Positivamente, todo cuanto se hace o se padece de acuerdo con el plan de Dios, participa de la eficacia de este deseo divino, que la Sagrada Escritura declara constantemente como irresistible, como también lo han hecho los filósofos más metafísicos.

"Condúceme, oh Zeus, así como tú, oh Destino, al objetivo que me has señalado desde hace mucho tiem-

po. Te seguiré sin dudar, e incluso en el caso de que yo no lo quisiera, porque me hubiere vuelto perverso, no por ello dejaría de seguirte”⁶. Aun para estos “paganos”, todo lo que se gana al rechazar esta sumisión es convertirse en malvado y desgraciado; porque tendría que seguir, a pesar mío, como un esclavo, la ley que me habría hecho libre si la hubiese comprendido y aceptado.

Puede ocurrir que estos hombres de gran inteligencia y de gran corazón olviden la lógica de su sistema estoico, que les prohíbe todo diálogo con el Ser Supremo, porque por hipótesis son monistas. Y, sin embargo, nos han dejado verdaderas y admirables oraciones:

“Mientras estoy a tu servicio, ¿qué quieres que sea? ¿Magistrado o simple ciudadano, senador o plebeyo, soldado o general, preceptor o padre de familia? Como dice Sócrates, moriría mil veces antes de abandonar cualquier puesto o rango que me asignares. ¿Dónde quieres que viva? ¿En Roma (capital política), en Atenas (capital intelectual), en Tebas o en Gyaros (pequeña isla de las Cicladas, símbolo de oscuridad para Epicteto)? Solamente te pido una cosa: que allá te acuerdes de mí”⁷.

Esto no implica renunciar a ser feliz; sino querer serlo y aceptar el único medio para conseguirlo y para poseerlo: “No hay más que un camino para encontrar la felicidad: abandonarse totalmente a la divinidad”⁸.

⁶ Poema de CLEANTO, siglo III antes de Cristo (cfr. von ARNIM. *Veterum stoicorum fragmenta*, 527; I, 118), citado muchas veces por Epicteto; cf. *Entretiens* II, 23, 42; III, 22, 95; IV, 131 y 4, 34.

⁷ EPICTETO: *Entretiens* III, 24, 99-100; trad. J. Souilhé, París 1963, p. 109. Cfr. *Entretiens* IV, 4, 34-35.

⁸ *Ibid.* IV, 4, 39.

¿A una divinidad que se confunde con el Destino, la fatalidad, el inexorable *Ananke*, el impersonal *Heimarmene*? Este abandono puede ahogar en germen cualquier alegría, cualquier dinamismo, cualquier esperanza, sobre todo en los hombres que más piensan, a no ser que este mismo dinamismo haga estallar el caparazón dogmático para hacer brotar del fondo del ser un grito semejante al de Epicteto, hacia un Dios supremo, viviente y personal, cuya existencia en rigor no se debería admitir.

La condición del cristiano es totalmente distinta. La sumisión universal, a la que no se puede sustraer realmente ninguna criatura, se convierte para él en una actitud esencialmente filial. Porque la ley no es para él un axioma eterno, ni un “fatum”, ni un “ananke”, ni un “heimarmene”, sino un designio del amor y voluntad paternal. El orden que debe aceptar y realizar es un llamamiento personal, una vocación concreta, en la vocación total, una invitación para querer juntamente con su Padre celestial el fin de todas sus obras: “Conforme a su beneplácito por el cual se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas: las de los cielos y las de la tierra en El” (Ef 1, 9-10). Este es el “misterio de su voluntad” en todas las cosas, porque nada es ajeno a Cristo. Cuando la plenitud de los tiempos fue realizada por El, el Verbo de Dios entró en el mundo diciendo: “Heme aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad” (Heb 10, 7). En cada momento de nuestra vida terrena se cumple el tiempo para realizar un detalle determinado del plan eterno. Entonces debo decir, tengo interés en decir, debería obsesionarme en decir: heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad.

El conocimiento de esta voluntad sobrepasa todo conocimiento, ya que se identifica con la caridad. Por eso dice San Pablo: "No cesamos de orar y pedir por vosotros (los cristianos) para que seáis llenos del conocimiento de la voluntad de Dios con toda sabiduría e inteligencia espiritual" (Col 1, 9). No gozo como las personas que se contentan con no haber matado o robado o haber evitado a duras penas el pecado grave, sino precisamente porque "testigo me es Dios de cuánto amo a todos en las entrañas de Jesucristo y por eso ruego que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción, a fin de que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irreprochables para el día de Cristo" (Flp 1, 8-10). "Y os ruego, pues, hermanos, que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, a fin de que podáis conocer cuál es la voluntad de Dios buena, grata y perfecta" (Rom 12, 1-2)⁹.

Lo que importa principalmente es la cualidad intrínseca de la voluntad divina para con nosotros. Si Dios es Caridad por esencia, si es Padre en lo íntimo de su ser, si es el Único Bueno, no sólo en Sí, sino también necesariamente en sus obras, como lo afirma sin cesar la Escritura y en especial San Pablo y San Juan, seremos cristianos en función del conocimiento que tengamos de este amor y por la fe con la que recibamos este conocimiento. Si ésta es la voluntad de

⁹ El autor propone la traducción de Crampon. Y después la traducción de la Biblia de Jerusalén, que copia la de Crampon. Pero el griego *thelema* es nuestro, con el artículo *to*, como los tres adjetivos que siguen. Ahora bien, cuando se coloca el determinativo después del sustantivo repitiendo el artículo, quiere insistir en la cualidad. ¿No es esto lo que hace San Pablo aquí? Los tres adjetivos califican una sola cosa y no se les toma como sustantivos. Nosotros damos la traducción de Nácar-Colunga.

Dios-Padre, si la conocemos y creemos como tal, consideraremos como una gracia insigne, como nuestro mayor bien, el hecho de haber sido predestinados, como San Pablo, para conocer esta voluntad (cfr. Act 22, 14). Incluso aunque en este conocimiento aparezca también "todo lo que tendremos que sufrir por el nombre" del Señor (Act 9, 16). Si comprendemos bien cuál es la naturaleza de la voluntad de Dios tendremos todas las disposiciones de acción de gracias (cfr. I Tes 5, 18). Y todo esto es obra de la fe. Y en la medida de esta fe no tendremos deseo más profundo que el de conocer en general y en particular, en bloque y en detalle, el objeto de esta voluntad, de saber en cada instante aquello a que nos llama e invita.

Tendremos en nosotros las ideas y sentimientos que sabemos son los suyos y encaberezaremos el programa de nuestra vida con la gran frase de salvación: Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad. En todas las horas de nuestra existencia, como el Verbo en todas las etapas de su Encarnación, seremos obedientes hasta la muerte y hasta la muerte que el Señor quiere asignarnos como nuestra participación en la salvación del mundo. Nuestro *Kenose* no consistirá nunca en bajar de la condición divina a la de esclavo. Exigirá solamente de nuestra parte la aceptación de la realidad de nuestra esencia creada, y que no nos aferremos ni a la mentira de nuestra autodeificación, ni al camuflaje de nuestra pobreza bajo los oropeles de una "falsa grandeza".

Como "la gran cadena de testigos" que son todos los Santos del Antiguo y Nuevo Testamento, experimentaremos que "la victoria que ha vencido al mundo, es nuestra fe" (I Jn 5, 4). "Teniendo puestos los ojos en

el autor y consumidor de la fe, Jesús" (Heb 12, 1-2), despreciaremos el atractivo más ordinario por el que el tentador quiere que cambiemos el alimento de los hijos de Dios, es decir, el deseo de la vanagloria y su reverso, el temor de una humillación, la pérdida de prestigio.

En estas dos palabras aplicadas al Señor Jesús (*aischunes kataphronêsas*) el autor de la carta a los Hebreos indica, después de una larga exposición de la fe ejemplar de los antiguos, cómo podremos vivirla nosotros; corriendo con constancia al combate que se nos presenta, *juzgando desde lo alto* (*kataphronein*) el criterio convencional del honor y de los honores. Debemos atrevernos decididamente y con toda sencillez, con una especie de inconsciencia superior que es superioridad de inteligencia, nobleza de carácter, y por encima de todo gracia de elección, a tomar en serio las máximas de Cristo-Redentor sobre la gloria humana y la gloria que procede solamente de Dios (Jn 5, 44). El apego a la primera destruye aun la posibilidad de la fe —“¿cómo podéis creer vosotros que recibís la gloria unos de otros?” (Jn 5, 44)— y en consecuencia la verdadera sumisión. La segunda, la gloria que procede solamente de Dios, tiene su medida en nuestra obediencia. O mejor dicho, nuestra obediencia filial, efectiva, perpetua, universal, es la verdadera gloria del hombre, porque condiciona el cumplimiento del plan de Dios; libera en cierto modo la omnipotencia divina, lo mismo que una ligera presión del dedo humano hace estallar los dinamismos más irresistibles de la naturaleza.

“Es propio de Dios hacer; lo propio del hombre es ser hecho. Si, pues, tú le entregas a El todo cuanto es tuyo, la fe y la sumisión, recibirás los efectos de su

Sabiduría y serás una obra maestra de Dios”¹⁰. De acuerdo con la ley aplicada en primer lugar a Cristo obediente hasta la muerte: “Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos y en la tierra y en los abismos y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Flp 2, 9-11).

Y para el cristiano que obtiene la victoria de la fe y de la sumisión: “Al vencedor Yo le haré columna en el templo de mi Dios y no saldrá ya jamás fuera de él y sobre él escribiré el nombre de Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios... y mi nombre nuevo”¹¹.

3) LA OBEDIENCIA, HONOR Y FELICIDAD DE TODA CRIATURA

Si esto es así¹², son dignos de lástima los que quieren sustraerse a la ley universal de la sumisión: porque equivaldría a comportarse como si la voluntad de Dios pudiera contradecir su Amor, como si Dios dejase de ser a intervalos lo que es, la Sabiduría y la Caridad.

Para un hijo de Dios, como somos nosotros, equivaldría literalmente a degenerar, a salir de la línea de Cristo, que quiere llevarnos al Padre por su camino, digamos mejor, por el camino que es él mismo: *homo*

¹⁰ IRENEO: *Adversus haereses*, IV, 39, 2 (cfr. «Sources chrétiennes», p. 969).

¹¹ Ap 3, 12-13; cfr. 2, 17; 3, 5.

¹² Podríamos recordar otras muchas palabras inspiradas que afirman los mismos principios y repiten las mismas promesas. Toda la moral teórica y práctica de ambos Testamentos gravita sobre esta idea central.

factus=factus obediens. Equivaldría a abandonarle para ir a buscar en otra parte, en los falsos salvadores, palabras de vida eterna. Buscar en otra parte, en los falsos ricos, el pan cotidiano del alma que ellos mismos no tienen. Ilusionarnos con una caricatura de felicidad, mientras la paz verdadera, la paz de Cristo, la paz de Dios dejaba de reinar en nuestros corazones.

Dios quiere la salvación de todos los hombres, como quiere en todos la docilidad a sus deseos, porque los dos son dos aspectos del mismo designio de amor: "Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es el que obra todas las cosas en todos. Pero a cada uno le otorga la manifestación del Espíritu, para común utilidad" (I Cor 12, 4-7).

Cada uno tiene su puesto en la Iglesia, su acción personal y su participación en el sufrimiento en y para el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Esta necesidad de especialización visible está lejos de destruir o debilitar la igualdad fundamental de todos ante Dios: "Todos vosotros sois hermanos", dice el Señor, "no llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos; ni os hagáis llamar doctores, porque uno solo es vuestro doctor, Cristo" (Mt 23, 8-10). Sin duda existen diferentes funciones entre los hermanos, hijos del mismo Padre, discípulos del mismo Maestro: Pedro, además de la tarea común, tiene que hacer otra cosa distinta que Juan, Pablo o Tomás; pero como Pablo y como Juan y como todos, incluyendo entre ellos "este hermano del Señor" que es San Judas, Pedro es y se llama en primer lugar *servidor*, y solamente después apóstol de Cristo Je-

sús¹³. En primer lugar, servidor, por naturaleza, por la esencia de las cosas; después apóstol por una vocación particular que no impide la cualidad de servidor, sino que la especifica en un punto y le deja el primer puesto, como lo que ha de informar todo cuanto venga después. Lo que viene después puede tener apariencias fascinadoras y parecerse de tal manera a lo divino, que antes de reflexionar os arrodillaríais para adorarlo: "Mira, no hagas eso, consiervo tuyo soy y de tus hermanos los que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios" (Ap 19, 10). "No hagas eso, pues yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios" (Ap 22, 9). Servidores como todos nosotros, los *leitourgica pneumata* de la jerarquía celestial: "¿No son todos ellos espíritus administradores enviados para el servicio en favor de los que han de heredar la salud?" (Heb 1, 14) Y servidores como todos nosotros, los liturgos de la jerarquía eclesiástica: "Así que entró Pedro, Cornelio le salió al encuentro y postrándose a sus pies le adoró. Pedro le levantó diciendo: Levántate, que yo también soy hombre" (Act 10, 25-26). La misma reacción en los apóstoles Bernabé y Pablo: "¿Qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres como vosotros..." (Act 14, 15)¹⁴.

Puede decirse, e incluso es necesario decir, que un ser está en cierta manera más cerca de Dios cuanto más grande es en él el deber y el querer de la sumisión. La

¹³ Véanse, por ejemplo, los saludos de las cartas de San Pedro, Santiago, San Judas, de Pablo a los Romanos y a los Filipenses y el Apocalipsis.

¹⁴ Act 14, 15: *homoiopatheis*, pasibles como vosotros, sujetos a las mismas pasividades, a las mismas debilidades, a las mismas condiciones de toda criatura.

Iglesia canoniza a algunos siervos de Dios y éste es el título que les confiere antes de clasificarlos en la categoría de mártir, confesor, pontífice o no pontífice, virgen, etc., porque éste es el título que da valor a los otros. Mártir por propia voluntad implica una contradicción en los términos. "Se niega el título de mártir a los cristianos muertos en el tormento, si consta que se entregaron por propia voluntad a los tribunales o a los verdugos. La causa formal del martirio no puede ser más que la caridad", es decir, en último término la sumisión a la voluntad divina. "La confesión suprema en aras de la última inmolación, se prepara mediante el testimonio cotidiano de la dependencia incondicional"¹⁵.

Expresamente nos dijo el Señor que no existe mayor amor que aquél que consiste en dar la vida por el objeto amado. Y hay dos formas de dar la vida, de golpe por la aceptación total de la voluntad de Dios que llama al martirio; o día a día, hora a hora, en cada momento, por la continua aceptación de la misma voluntad de Dios que llama a la inmolación del amor propio.

Sólo sabemos en teoría y no de hecho cómo se establece la jerarquía de los santos. Únicamente en dos personas la realidad coincide perfectamente con la teoría: en Jesucristo y en la Santísima Virgen. *Tu solus sanctus, Jesu-Christe*: no solamente por su santidad esencial e infinita como segunda persona de Dios tres veces Santo, sino por la santidad adquirida durante su vida terrena, como servidor de Yavé por excelencia. Y para la Reina de los Mártires y de todos los santos, su

¹⁵ I. HAUSHERR: «Vocation chrétienne et vocation monastique selon les Pères», *Laïcs et vie chrétienne parfaite* (Roma 1963), p. 65 y 60.

Ecce Ancilla Domini, querido, cantado y vivido sin desfallecimiento constituye la causa de su superioridad sobre todos los demás siervos de Dios. Para éstos, para todos éstos: "Bástale al discípulo ser como su Maestro" (Mt 10, 24). Basta y es necesario. Solamente a los que a imitación suya, en la medida de sus posibilidades hicieran de la voluntad de su Padre su alimento, El les reconocerá como suyos y ¡cómo los amará! Como se ama a un hermano, a una hermana, a una madre; más aún, como a Su Madre, ya que la razón más profunda de su amor hacia Ella no radica en la inclinación de la naturaleza ni en el cuarto mandamiento, sino que en Ella se hizo obediente más que todos los demás, hasta la muerte de Jesús en la cruz. Y como si no le pareciera suficiente el amor que El da a los que tienen en su corazón sus propios sentimientos de filial sumisión al Padre, les asegura que el mismo Padre les amará como ha amado a su Único Hijo (Jn 16, 27; 5, 20).

Y nuevamente nos encontramos ante la Causa primerísima: nuestra sumisión perfecta a Dios es ante todo un don de Dios y la gran señal de su Amor para con nosotros, como para Cristo. En la medida en que deseamos que nos ame, debemos pedirle que nos envíe el Espíritu bueno que no sabrá negarnos, el Espíritu que nos hace decir: Abba, Padre, con toda verdad, porque nos ha hecho hijos de Dios *sacramentis et praeceptis*¹⁶, por el *opus operatum* del bautismo y de los sacramentos y por el *opus operantis* de la fidelidad a los mandamientos.

Esto es, por otra parte, el sentido del "Padrenuestro" y de toda oración. El, el Espíritu, conoce lo que

¹⁶ Oración para pedir la caridad. Oración sobre la oblata.

nosotros ignoramos muchas veces, la exigencia del plan de Dios sobre mí y sobre cualquier criatura. Cualquier cosa que pida —y tengo derecho a pedir todo lo que no sea ofensa de Dios—, es preciso que quede claro para siempre, que todas mis oraciones en palabras, gemidos y aspiraciones apenas formuladas, yo pido y suplico que sean avaladas, asumidas y asimiladas por el Espíritu de modo que “El, que escudriña los corazones”, no vea en el mío más que un solo deseo: “el deseo del Espíritu, que intercede por los santos según Dios” (Rom 8, 27).

SEGUNDA PARTE

Llamadas a la obediencia o señales de la voluntad de Dios

“A priori” son posibles tres hipótesis:

- Dios obra sin mí, y su voluntad aparece después en su efecto, dicho de otra forma en el hecho.
- Dios me pide que coopere con El, y su voluntad se manifiesta antes del acto, ya sea por un mandato, ya por un consejo, ya por una inspiración.
- Dios me deja en la incertidumbre en cierto modo para comprobar cómo actuaría yo espontáneamente.

EL HECHO

El signo más universal y, en cierto sentido, el más claro, es el *hecho*.

Desde el momento en que ocurre una cosa, se puede deducir que Dios por lo menos no lo ha impedido, y si no lo ha impedido es porque lo ha permitido y evidentemente no por una permisión meramente negativa, por ignorancia, negligencia o impotencia, porque nada de esto puede existir en Dios, sino con la plena conciencia de su sabiduría infalible, de su bondad indefectible y de su poder infinito. Nada de cuanto existe o existió, existe o existirá jamás, fuera de la medida y el momento determinados por el Pantocrator, que lo tiene todo en sus manos. Se puede hablar de una permisión negativa en relación al pecado, porque éste no

es más que una ausencia, una privación imputable a la criatura (y que es posible por la nada original de ésta). Todo lo positivo donde se inserta este mal y del que abusa el pecador para conseguir sus planes ajenos al plan de Dios, todo lo real en que el juego de las fuerzas naturales puestas en marcha con las más perversas intenciones obtiene su resultado para el pecador o para otro, todo ello cae necesariamente bajo la ley metafísica absoluta: "Nada se hace sin Dios" ¹⁷. "Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho" jamás (Jn 1, 3). Estas expresiones y otras semejantes vienen constantemente al espíritu del creyente: "en Dios Padre todopoderoso, Creador de todas las cosas visibles e invisibles" del cielo y de la tierra, como lo repiten la Sagrada Escritura y la Liturgia.

1) EL HECHO ACEPTADO

Esta es una verdad necesaria como el ser mismo de Dios; si Dios crea, no puede abdicar un solo momento su soberanía actual sobre la más mínima parcela de su obra. Y, por eso, la lógica más elemental hace decir a la antigua Doctrina de los Doce Apóstoles: "Los acontecimientos que sucedan, los recibirás como buenos, porque sabes que nada se hace sin la intervención de Dios". Y diecisiete siglos más tarde, Teresa del Niño Jesús, dice: "Dios mío, me llenáis de alegría por todo lo que hacéis". Y así pensarán hasta el fin de los tiem-

¹⁷ *Didaché*, III, 10.

pos todos cuantos, como Teresa Martín, hayan gozado en la reflexión sobre su fe en Dios.

Los que no reflexionan suficientemente se dejan turbar por dos consideraciones, para decirlo mejor, por dos confusiones. La dialéctica de sus sentimientos oscurece y a veces destruye la lógica de su fe.

- 1) El mal físico que un Dios Bueno no lo podría permitir y mucho menos querer.
- 2) El mal moral que un Dios Santo no podría tolerar, y menos cooperar a él. ¿Qué decir cuando el mal moral de unos (sus vicios, su perversión, su egoísmo, su arrivismo, su despotismo, etcétera), se traduce en indecibles sufrimientos para otros?

¿También en esto coopera Dios?

¡Indudablemente! Porque de lo contrario hubiera sucedido por azar, sin una razón y sin un fin. Pues bien, hace ya mucho tiempo que dijo un filósofo: "No creas en el azar y crearás en Dios" ¹⁸. Y Orígenes: "Todo cuanto Dios hace tiene su causa y no permite que ocurra nada sin una finalidad" ¹⁹. "Azar" no hace más que encubrir nuestra ignorancia. "El consejo de Yavé permanece por la eternidad" (Sal 33, 11).

La palabra creadora que hizo el universo continúa a lo largo de su existencia obrando con la misma eficacia para conducir a todas las cosas a la realización del plan final previsto y querido por el Creador. "Como

¹⁸ MOSCHION: *Hypothekai* n. 10, ap. SCHENKL: *Epict. Diatr.* página 488.

¹⁹ *In libr. I Reg.*, hom. I, 10 (Baehrens, 18, 5).

baja la lluvia y la nieve de lo alto del cielo y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión" (Is 55, 10-11).

No puede ser de otra forma, si Dios no puede dejar de ser Dios. Quien lo comprende, verá que es plenamente razonable aceptar totalmente el plan de conjunto, y en este plan de conjunto la universalidad de los detalles. La inteligencia es la facultad que comprende más allá de lo inmediato; el conjunto por encima de los detalles, el fin en el término del medio. Ahora bien, el detalle tiene su valor en función del conjunto, y el medio tiene valor únicamente por su eficacia en relación al fin.

Detenerse en el detalle como si fuese un todo, equivale a constituir un centro fuera del centro: excentricidad. Tomar como fin lo que es esencialmente medio equivale a condenarnos a una doble decepción: porque el medio no puede satisfacernos por sí mismo, y porque perderemos el fin que nos podría satisfacer. Es la historia de todos los días: un camino que nos detiene por sus propios atractivos no nos conduce nunca a tiempo a nuestro destino; las lecturas que nos cautivan excesivamente nos llevan a un fracaso en los exámenes; las comidas tomadas por puro placer arruinan nuestra salud en vez de fortificarla, etc. Al contrario, la razón e incluso el instinto nos indican, naturalmente, que no debemos retroceder ante el empleo de un medio por muy duro que sea en sí, cuando sabemos o creemos que el fin merece la pena.

Toda la Historia lo atestigua: la esperanza del resultado es el resorte de cualquier esfuerzo y la causa de toda búsqueda de progreso. El vuelo de Icaro terminó en catástrofe. Cuando la máquina volante de Clemente Ader despegó por primera vez causó una gran sensación, y todavía más cuando Bleriot atravesó por primera vez la Mancha, o Lindbergh el Océano Atlántico... Hoy cuando pasa un avión nadie levanta los ojos. ¡Qué locura la de querer escalar las cimas cada vez más temibles! Los antiguos dejaban el Olimpo a los dioses. Pero, desde que, en 1786, Jacques Balmat escaló la cumbre del Mont-Blanc y llevó allí a H. B. de Saussure, en 1787, hizo explosión este fenómeno, que desde entonces se ha desarrollado más y más: el alpinismo. Desde entonces, cada año, hombres y mujeres alcanzan cumbres cada vez más impracticables. Cuando no existan dificultades que superar, el hombre las inventará: a esto se deben los deportes siempre nuevos...

Los hechos nos dan a conocer, por lo tanto, una voluntad de Dios, ¿pero cuál?

Ante todo, el hecho, considerado en sí mismo, me asegura que Dios lo ha querido no como fin, sino como medio para el fin. Y así lo debo yo querer también a mi vez, al menos con una resignación como la de Jesús en la agonía: "Que se haga tu voluntad y no la mía"; si no me es posible psicológicamente hacerlo con alegría como Jesús al retorno de los setenta y dos: "Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra... sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito" (Lc 10, 21). Aun esta misma imposibilidad la aceptaré como querida por El. En los dos casos, en toda la variedad de circunstancias yo diré siempre: *Padre*. Expresión de mi fe y de mi sumisión.

Una vez aquí interesa dirigirnos en todas las direcciones del espacio y del tiempo para apreciar la inmensidad del campo en el que se afirma el beneplácito de Dios y para compararlo al reducido campo de acción dejado a nuestra propia voluntad. Dios quiere *para mí* todo cuanto sucede y todo cuanto me sucede sin el concurso actual de *mi* libertad.

Los deseos de los demás, aun pecaminosos en sí, no me atañen formalmente por el pecado que cometen, sino por el juego de las fuerzas físicas que ponen en acción. El pecado recae sobre el pecador, y por eso es siempre digno de lástima, incluso, y de una manera especial, cuando triunfa en sus propósitos. Esta segunda consideración es interesante sobre todo para nuestra caridad para con el prójimo. De momento insistamos en la aceptación del beneplácito de Dios. La Sagrada Escritura tiene libros enteros que tienen como fin inculcar esta verdad: el justo vive de la fe. Es decir, que, como Abraham, padre de los creyentes, se fía de Dios, y cuenta con el cumplimiento de sus promesas, no solamente contra toda verosimilitud, sino sacrificando por un mandato del Señor lo que constituía la única y necesaria prenda de las mismas.

La sabiduría de Jesús el Siracida establece este principio: "Hijo mío, si te das al servicio de Dios prepara tu ánimo a la tentación" (Eccl 2, 1). La Biblia de Jerusalén anota: "Tema frecuente en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos". Es también el tema de todo el libro de Job, tan prolijamente comentado por San Gregorio. Y la historia de Tobías se condensa en esta máxima: "Porque eras grato a Dios, fue menester que la tentación te probase" (Tob 12, 13).

Pero sobre todo es la historia del Señor y Salvador Jesucristo y de sus discípulos: "Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros... a éste, entregado según los designios de la presciencia de Dios, le alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles" (Act 2, 22-23). "Dios ha dado así cumplimiento a lo que había anunciado por boca de todos los profetas" (Act 3, 18). Así habla San Pedro. Y San Pablo: "Los moradores de Jerusalén y sus príncipes, rechazándole dieron cumplimiento a las palabras de los profetas que se leen cada sábado" (Act 13, 27). Ignorancia o crimen de Judas, Caifás, Pilato y compadres, poco importa: lo que se estaba realizando en la persona de Cristo era el designio del Padre.

Esta profunda filosofía o teología se encuentra perfectamente expresada en una variante de la primera carta de San Pedro: La Vulgata dice: Cristo "se entregó al que juzgaba injustamente" (2, 24). Sobre este texto Bossuet escribió un sermón muy elocuente y muy realista. Pero el texto griego dice: "Se remitió al que juzga con justicia", es decir, evidentemente, a Dios, su Padre. No por ello el sermón de Bossuet resulta carente de sentido; pero se limita solamente a lo exterior. Con más profundidad que todas las apariencias o que todas las realidades visibles, el Hijo de Dios, hecho hombre, vivía en esta hora, que es *Su Hora*, el acto más intenso de su vida filial humano-divina, el acto de su obediencia suprema al Padre. Y con ella salvó al mundo. Si por un imposible hubiese rechazado la obediencia, o lo que es lo mismo, si solamente hubiese cedido ante la violencia sin una sumisión formal ulterior del Amor, ¿qué hubiese sucedido?

En la escuela de este Maestro, el único Maestro, no debemos sorprendernos, pero debemos maravillarnos en gran manera de que los primeros cristianos sin ser grandes letrados, según la sabiduría contemporánea, diesen pruebas de una penetración metafísica igual o superior a la de los más grandes filósofos. Cuando Pedro y Juan, detenidos primero y puestos en libertad después por orden del Sanhedrín, refirieron todo cuanto les habían dicho los sumos sacerdotes y los ancianos, los fieles “a una levantaron la voz a Dios y dijeron: Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay, que por boca de David tu siervo dijiste:

“Por qué braman las gentes
y los pueblos meditan cosas vanas;
los reyes de la tierra han conspirado
y los príncipes se han federado
contra el Señor y contra su Cristo” (Sal 2, 1-2).

En efecto, juntáronse en esta ciudad contra tu santo y siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel, para ejecutar cuanto tu mano y tu Consejo habían decretado de antemano que sucediese” (Act 4, 25-28).

Conspiraciones, complots, intrigas, manejos, hipocresías, intenciones malévolas, etc., cualquiera que sea la malicia de los enemigos o falsos amigos, cuando yo sea objeto de odio de todo el mundo, como lo predijo el Señor a los suyos, cuando la causa de todos mis sufrimientos, como la del mismo Jesús, sean los pecados de otros —El era en Getsemaní y en el Calvario lo mismo que en el Tabor, el Único y Muy Amado Hijo de su Padre—, yo debería luchar también el combate

de la fe, creyendo más que nunca, aun en mi miseria, en la Buena Nueva anunciada a los pobres: “Alegraos aquel día y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo” (Lc 6, 23), como es grande la gloria que Cristo adquirió en su Pasión (cfr. Lc 4, 26), no tanto por la crueldad de ésta, cuanto porque ésta le proporcionó por el pecado del mundo y por la maldad de sus verdugos, la mejor ocasión para comportarse filialmente glorificando al Padre por su obediencia: “Traed, pues, a vuestra consideración al que soportó tal contradicción de los pecadores, contra sí mismo, para que no decaigáis de ánimo rendidos por la fatiga. Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado y os habéis ya olvidado de la exhortación que a vosotros como a hijos dirige: “Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor, y no desmayes reprendido por El, porque el Señor, a quien ama, le reprende, y azota a todo el que recibe por hijo” (Prov 3, 11-12). Soportad la corrección. Como con hijos se porta Dios con vosotros. ¿Pues qué hijo hay a quien su padre no corrija? Pero si no os alcanzase la corrección de la cual todos han participado, argumento es de que sois bastardos y no legítimos. Por otra parte, hemos tenido a nuestros padres carnales que nos corregían y nosotros los respetábamos; ¿no hemos de someternos mucho más al Padre de los espíritus para vivir la verdadera vida? En efecto, aquéllos, según bien les parecía, nos corregían para proporcionarnos una felicidad de pocos días; pero Este, mirando nuestro provecho nos corrige para hacernos participantes de su santidad” (Heb 12, 3-10).

San Basilio resume en dos palabras el principio de esta sumisión filial en relación con los hechos: *ouden apronoeton*, nada queda al azar, Dios lo ha previsto todo²⁰.

Pero precisamente porque Dios lo quiere como medio, el hecho no tiene solamente una existencia limitada por el tiempo y el espacio, sino que tiene también un valor de signo que debo interpretar. No es un signo profético o mesiánico (cfr. Mt 16, 1-4) para toda una generación, sino para mí que tengo experiencia del hecho es un signo de indicación para el porvenir más o menos próximo. No se trata tampoco de tentar al Señor, con una práctica superticiosa; “vano presagio que se deduce de accidentes puramente fortuitos” (Littré), sino de una advertencia para hacer u omitir algo por amor de Dios o por amor del prójimo.

En primer lugar vamos a ver lo referente al prójimo. Muchos sucesos o hechos, grandes o pequeños, me hacen ver bajo una nueva luz a mis contemporáneos: les veo más necesitados o dignos de compasión; más accesibles u hostiles a mis ideas, más o menos capaces de comprender y colaborar. El interés que tengo por el prójimo me debería impulsar a prestar una atención especial a estas ocasiones para conocerle mejor. Nada es más injusto, perezoso y egoísta que los juicios estáticos, fijos y grabados en... ¡fichas!

Vamos a empezar por lo más evidente: sería un sarcasmo recomendar a otros en sus penas y sufrimientos una resignación demasiado persuasiva, altiva y sermoneadora. Sin embargo, es muy frecuente en el

mundo, hoy como en tiempo de Santiago: “Si el hermano y la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano y alguno de vosotros les dijere —id en paz, que podáis calentaros y hartaros— pero no les dierais con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría?” (Sant 2, 15,16).

¡La ley de amar al prójimo como a nosotros mismos es una ley enormemente pavorosa y exigente! Debería inspirarme en favor de los demás el mismo dinamismo de invención y ejecución que tengo para mí mismo. El único límite debe ser la posibilidad física o moral. “Cualquiera que tiene a mano el modo de socorrer al prójimo y no lo hace, es un extraño a la caridad”, dice una sentencia de San Ireneo²¹, y en síntesis es la doctrina del Señor (Mt 25, 45).

Nuestros encuentros con el prójimo tienen caracteres muy diferentes: todos provocan en mí reacciones idénticas a mi alma: *quidquid recipitur ad modum recipientis*. Los “medios modernos de comunicación social” han ensanchado enormemente nuestras percepciones. Antiguamente los pueblos lejanos aparecían un poco como un mito. Se podía soñar a gusto acerca de ellos, se *sabía* poco y se podía *hacer* menos para ayudarles. Nosotros podemos ir a las Indias o al Japón con más facilidad que nuestros antepasados de Lyon a Burdeos, o de Berna a Milán. Y cuando nosotros no vamos, los antípodas vienen a nosotros por la prensa, radio, televisión, sin que nos cueste más que abrir los ojos o no cerrar los oídos.

Estos contactos no cambian automáticamente los sentimientos, ni las decisiones, ni las costumbres de cada uno. Siempre vienen de dentro los pensamientos bue-

²⁰ In *Hexaem.* hom. 7, n. 15 (PG. 29. 161).

²¹ IRENEO: *Fragments grecs*, n. 4 (ed. W. Harvey, t. II, p. 477).

nos o malos (cfr. Mt 7, 14-23). Este agrandamiento de nuestras perspectivas, fenómeno cuantitativo, no cambia automáticamente nuestro egoísmo en sacrificio, ni nuestra búsqueda de diversión en olvido de nosotros mismos en provecho de los demás. Si mi ambiente inmediato no ofrece más que ocasiones para gozar o para quejarme y hasta atacar, ¿por qué arte de magia la visión o televisión de estos desconocidos lejanos me inspirará el valor y aun la idea de privarme o sacrificarme por ellos? El conocimiento de los pueblos subdesarrollados o infraalimentados por sí mismo sólo hace brotar explotadores y conquistadores esclavizadores y negros, aun cuando el estado actual de la opinión mundial, impregnado un poco de la sal del Evangelio les fuerce a camuflar su piel de lobo en vestido de oveja. Aun cuando hacen algo por los demás, esto constituye un *gesto*, más o menos hábilmente "orquestado", es decir, preparado para que las gentes les alaben (cfr. Mt 6, 2).

Para todos estos el hecho o suceso, grande o pequeño, no es más que una señal de una posibilidad de aprovechamiento. La realidad cósmica más hedionda, el pecado, fue para Jesucristo la ocasión de entregarse a la muerte en cruz con plena convicción de interpretar exactamente la voluntad de su Padre, ofreciéndose espontáneamente a este sacrificio total de sí mismo por sus hermanos.

Este es el sentido de todos los hechos, para cualquiera que profese el seguimiento de Jesucristo: si al encontrarme con un hombre, sea él samaritano y yo judío, o a la inversa, si yo lo veo feliz, me gozaré en su felicidad; si lo encuentro desgraciado, me asociaré a su pena, como si fuera mía propia, y le aliviaré en ella, según la medida de mis posibilidades.

No predicaré a otros, como si no tuviera falta ninguna. Sobre todo si tengo una función oficial en alguna de esas grandes organizaciones de socorro que han brotado en nuestros países cristianos y sólo en ellos; me preservaré de todo interés propio, como del fariseísmo; haré propaganda de la caridad, como tengo que hacer, *no por vano lucro, sino espontáneamente*, más con el ejemplo que con palabras. Nuestra generosidad y nuestra elocuencia de orden mundial debe dar humilde y habitualmente la prueba de su buena ley en los pequeños sucesos cotidianos, que son también un llamamiento del Señor a la observancia de su mandamiento. Pero entonces, ¿no nos hacemos voluntaria y hábilmente sordos y ciegos? A fuerza de complacernos en las grandes obras, que son fuente de nuestros honores, ¿no despreciamos los pequeños detalles y los sacrificios insignificantes, que los ve en secreto solamente el Padre celestial?

Soy joven y fuerte y estoy mirando apasionadamente por la ventana del tren o del autobús, cuando debería hacer sentar en mi asiento a un viejo o a una anciana... Esto es negarse a obedecer a una señal de la voluntad del Superior, del único Superior.

Soy de palabra fácil, me hago escuchar y admirar, y miro a ese pobre extranjero que no acaba de hilvanar una frase, y yo prosigo o empiezo incansablemente este juego, porque tengo una vanidad personal incontenible y soy incapaz de amar en esto a mi propio prójimo como a mí mismo ni siquiera un momento. ¡Y Dios sobre todo! Seguidamente iré ante el Sagrario a decir a Dios que a nadie amo más que a El. Pero ahora que la presencia de mi prójimo me debería recordar una sentencia antigua que resume también una página del

Evangelio: "Has visto a tu hermano, has visto a Dios"²², yo me reservo interpretar esta señal y reconocer esta representación de Cristo: debería intentar lo imposible, contener mi lengua (cf. Sant 3, 8).

Y así sucesivamente, incesantemente. Al hombre preocupado de vivir filialmente para con Dios, todos los encuentros le ofrecen ocasiones para ejercitar y encontrar alegrías filiales y fraternales. Comencemos por la inteligencia: en lugar de parapetarme en mis propias ideas, para estar dispuesto, desde allí, a rechazar los ataques de mis enemigos o para mirar con desconfianza a un sospechoso, debería tener propensión a una simpatía siempre viva para todo ser humano que se atravesara por mi campo visual y su aparición debería hacer estallar en mí un sentimiento de benevolencia, dispuesto, a la más mínima insinuación, a traducirse en beneficencia. A cualquiera que pasara diría yo interiormente: "Bendición de Yavé sobre ti" (Sal 129, 8). Y a medida que mi vida se prolongara, haría como San Policarpo: "recordar en mi oración a todos aquellos que alguna vez hubiera tratado, pequeños o grandes, conocidos o desconocidos y a toda la Iglesia católica universal"²³.

¿Estamos lejos de la obediencia? No. La docilidad del espíritu de Cristo, sello de toda perfección cristiana, ¿no nos pide: "que todos se dispongan mucho a observar y señalarse en ella; no solamente en las cosas de obligación, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del superior, sin expreso mandamiento"²⁴. ¿O tal vez sólo se exige esto para

con los mandamientos de Dios, y no para con el mismo Dios que les da el mandato?

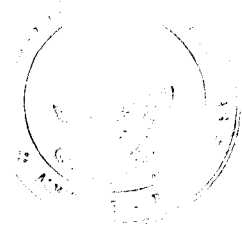
Algunos acontecimientos sólo me atañen a mí: así mis enfermedades personales. Estas, aun cuando yo las acepte como efectos del beneplácito de Dios, me indican algo que tengo que hacer: todo cuanto depende de mí para curarlas. La enfermedad me proporciona también el medio para vivir en su totalidad la sujeción filial para con Dios: aceptar lo que El hace sin mí, y hacer con El y en dependencia de El, lo que parece que El quiere que yo haga. La conformidad activa y pasiva con su voluntad divina, es un movimiento alternativo, y como una ascensión en espiral, el asentimiento permanente de mi parte a la aspiración que de su parte me atrae hacia El; el deseo del Espíritu que al realizarse, realiza el designio del Padre.

No sólo la enfermedad me hace esta advertencia: todo cuanto contraría mis legítimos deseos o deshace mis previsiones, en una palabra, todos mis fracasos piden una aceptación del hecho como una señal del beneplácito de Dios; encierran también una indicación para el porvenir menos fácil de interpretar quizás que en un desastre de la salud, porque se trata solamente de empresas temporales y no de la posibilidad de trabajar en ellas. Pues bien, los fracasos, catastróficos o imponderables, jalonan toda nuestra existencia terrenal. En lugar de afrontarlos según las reacciones de nuestro temperamento, exponiéndonos a la ligereza o a la melancolía, si viéramos en ellos detalles de la Providencia, como lo son de hecho, encontraríamos en ellos al mismo tiempo, la certeza de la voluntad de Dios que se cumple y la posibilidad de cumplir de nuestra parte la voluntad de Dios: lo cual, mediante la fe, sería de doble valor y doblemente dichoso.

²² RESCH: *Agrapha*, p. 296-297.

²³ *Mart. Polyc.* VIII, 1.

²⁴ IGNACIO DE LOYOLA: *Constituciones*, VI, 1, 1.



EL MANDAMIENTO

Cualquier hecho aporta también un mandamiento, si nosotros lo sabemos interpretar. Comencemos por la creación: “Porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad se alcanzan a conocer por las criaturas. De manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias” (Rom 1, 20-21). El universo es un llamamiento a la adoración.

La no inteligencia de este primer signo tiene, como consecuencia lógica, la idolatría, sea personal, sea equivalente en la búsqueda de un sucedáneo del fin último, y los desvíos consiguientes a este error fundamental: “Y como no procuraron conocer a Dios, Dios les entregó a su réprobo sentir que los lleva a cometer torpe-

zas y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia... y conocedores de la justicia de Dios y de que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aplauden a quienes las hacen" (Rom 1, 28, ss.).

Si el género humano no escuchó el llamamiento del universo a la adoración del Creador, no es extraño que pase desapercibida la invitación a obedecer, contenida en cualquier suceso. Es un lenguaje incomprensible para quien no tiene la clave o principio de interpretación en una fe viva en Dios vivo y verdadero.

1) EL BENEFICIO DE LA LEY

Estas consideraciones hacen comprender cuán grande es el beneficio de la Ley, del Decálogo, don de Dios a su pueblo: "Entre todos los pueblos, Dios, por pura complacencia, eligió al pueblo de Israel como su pueblo, pero esta elección y el pacto que le sanciona tiene como condición la fidelidad de Israel a la Ley de su Dios..."²⁵. Lo que interesa aquí es comprender la cualidad, la bondad, la excelencia del don: merece incesantes acciones de gracias, porque demuestra que es eterno el amor de Yavé: "Dad gracias a Yavé, porque es bueno, porque es eterna su misericordia" (Sal 106, 1).

También "bienaventurado el varón que no anda en consejo de impíos... antes tiene en la Ley de Yavé su complacencia y a ella día y noche atiende" (Sal 1, 1-2). El más largo de todos los salmos no es más que un "elogio de la ley divina": "Bienaventurados aquellos

que andan en camino inmaculado, que andan en la Ley de Yavé" (Sal 119, 1).

Guardar su testimonio, buscarlo de todo corazón, caminar por sus sendas, observar sus preceptos, estar clavado en su voluntad, mirar a todos sus mandamientos, el salmista multiplica las expresiones que designan la misma actitud de sumisión, el mismo sentimiento de amor para con la voluntad de Dios y la misma recompensa: una felicidad desconocida para los impíos. Pero sabe también el piadoso israelita que su misma fidelidad a la ley es una gracia del Señor: "Enséñame, Yavé, el camino de tu voluntad, quiero guardarlo como recompensa. Hazme comprender y que observe tu ley y que la observe de todo corazón. Guíame por el camino de tus mandamientos, porque en ellos tengo mis complacencias".

El salmista no concibe siquiera la aversión contra los mandamientos en quien conoce su verdadero sentido. El amor de la Ley se confunde con el amor de Dios. Así habló Moisés: "Oye, Israel: Yavé, nuestro Dios, es el solo Yavé. Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo hoy te doy. Incúlcalos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atátelos a tus manos para que te sirvan de señal; pónelos en la frente, entre tus ojos, escríbelos en los postes de tu casa y en las puertas" (Dt 6, 4 ss.).

Así el amor de Dios y el amor inteligente de sí mismo, encuentran su plenitud en la fiel observancia de los mandamientos. Y también el amor para con el prójimo, no sólo porque siete de los diez preceptos del Decálogo

²⁵ Biblia de Jerusalén, Introducción al Pentateuco, p. 5.

se refieren a las relaciones humanas, sino principalmente, porque la sumisión a Dios predispone el espíritu y el corazón a la justicia y a la benevolencia para con los hijos de Dios, de quien son siervos como nosotros.

2) INCERTIDUMBRES

Queda aún una tarea tan importante, como difícil: sorprender en cada momento o al menos en cada nueva ocasión, el verdadero sentido del mandamiento. ¿Qué quiere decir, por ejemplo, honrar a los padres en general e *hic et nunc*, para mí, en las circunstancias actuales? Son posibles las interpretaciones o exégesis más diversas, según el sentido de la palabra "honrar" en cada época y según la preocupación del intérprete, beneficiario o sujeto del mandamiento. Los fariseos, la "élite" de los concededores y observantes de la Ley se ganaron este reproche de Jesucristo: "¿Por qué traspasáis vosotros el precepto de Dios por amor de vuestras tradiciones? Pues Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre... y habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición" (Mt 15, 3 ss.).

¡Y cuántos sofismas empleaban haciéndose los infalibles! Estaban seguros de poseer la exclusiva de la llave de la teología y de la moral (cfr. Lc 11, 52) y menospreciaban a todo el pueblo bajo: "Pero esta gente ignora la Ley y son unos malditos" (Jn 7, 49).

No hay peor ceguera que la del que se cree clarividente: "Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero decís: nosotros vemos. Y vuestro pecado es permanente" (Jn 9, 41).

Del pedantismo doctoral a la afectación de la perfección moral no hay más que un paso. Menos todavía: los dos se identifican en una única causa: el amor de su propio valer o excelencia. Teóricamente, la ciencia hubiera debido inclinar a los hombres a pensar humildemente de sí mismos y a estimar a los demás. Hay en cada uno posibilidades que apenas se verifican nunca. En todo caso el fariseísmo es un peligro real para todos los hombres conscientes de una superioridad, ahora como en todos los tiempos; por ello deben guardarse del mismo con todos los medios; y el medio más eficaz consiste en no fiarse de sí mismo ni por su ciencia ni por su virtud.

"Y dijo también esta parábola, a algunos que confiaban mucho en sí mismos, teniéndose por justos y menospreciaban a los demás" (Lc 18, 9), del fariseo y del publicano. Todo el mundo la conoce y Dios sabe la influencia que ejerce desde hace dos mil años para infundir un poco de honestidad, verdad y lealtad en la eterna mentira en que se complace la bufonería humana. *Omnis homo mendax*, dice el salmo (51, 6) y lo repite San Pablo (Rom 3, 4). La traducción realizada bajo los auspicios de Pío XII reemplazó el *mendax* por *fallax*: es decir, un encarecimiento, más que una mitigación. El hombre no miente solamente cuando habla: toda su conducta externa es una forma de engañar. Más aún, muchas veces logra ilusionarse a sí mismo, porque tiene un deseo desmedido de no ser "como los demás", de hacerse destacar, alabar, admirar...²⁶. Y

²⁶ «Es hermoso señalarlo con el dedo y decir: Este es» (PERSE, *Sat*, I, 28). Ninguna ansia iguala a ésta, según los psicólogos antiguos: «Es difícil escapar a la vanagloria, porque aun aquello que haces para

aun cuando percibe la llamada de su conciencia contra esta usurpación y contra esta comedia, prefiere muchas veces lo que el poeta latino calificó acertadamente de "mentis gratissimus error"²⁷, el retorno al buen sentido y a la honestidad.

3) ORIGEN DE LA VIDA MONÁSTICA

Las consideraciones precedentes se pueden resumir en unas sencillas proposiciones:

1. El único bien de la criatura es el cumplimiento de la voluntad de Dios.

2. Porque el hombre no supo reconocer este designio o voluntad en el conjunto de la Creación y en los detalles de los acontecimientos, la bondad divina le manifestó su voluntad en la Ley, en el Decálogo, promulgado por Moisés.

3. El Hijo de Dios, hecho hombre, vino a perfeccionar esta ley con su doctrina y a ilustrarla con su vida.

4. Queda, sin embargo, todavía muchas veces la incertidumbre de saber cuál es la voluntad de Dios en la variedad de la vida real.

5. Por eso algunos cristianos, deseosos de no desviarse nunca del camino real del servicio de Dios, qui-

destruirla se convierte en principio de nueva vanidad» (EVAGRE. *Prácticos*, I, 20; cfr. I. HAUSHERR, *Les leçons d'un contemplatif*, p. 21). En latín hay verbos desiderativos que terminan en *urire*: *esurire*, *scripturare*... En latín no existe una palabra para expresar el ansia más universal y obsesiva, sin duda porque es la que más difícilmente confesamos. Se podría inventar un verbo que valdría para siempre: *importanturire*, tener deseo de pasar por un personaje importante.

²⁷ HORACIO: *Epistolae*, II, 2, 140.

sieron que otros les indicasen el camino siempre que ellos dudasen de su propia iluminación o desconfiasen de su rectitud.

Así nació la vida monástica en la Iglesia, no en virtud de un acto de autoridad, sino por un deseo real de sumisión. Por lo menos fue así en los orígenes y así debió ser en un principio. Dicho de otra manera, lo importante no es que un hombre dé una orden y otro la reciba y la ejecute, sino que el siervo de Dios dé testimonio de su sumisión total al Señor con el deseo de conocer lo más perfectamente posible su voluntad. Esta distinción merece que se la examine detenidamente. Sin ella se corre el peligro de falsear la obediencia cristiana, sea monástica o no.

Por lo tanto, de cualquier lado que la miremos aparece como obediencia prestada a Dios y sólo a Dios. La intervención de intermediario no cambia nada de su esencia ni de su mérito; solamente aumenta o facilita la certeza: cuando el mandamiento transmitido (nunca es más que una transmisión en realidad) por el instrumento humano no es contrario a la ley divina, el sujeto de la obediencia tiene una certeza plena, no solamente de su intención de someterse a Dios, sino también en relación con el objeto de la sumisión. Si queda alguna duda objetiva, el transmisor asume toda la responsabilidad.

Es fácil fundar en documentos esta afirmación. La vida monástica empezó con el eremitismo, aun cuando "San Pablo, primer ermitaño" no haya existido nunca. La vida de San Antonio no deja lugar a dudas. Antonio dejó sus bienes para obedecer al Evangelio. Al oír en la Iglesia lo que el Señor decía al joven rico: "(si quie-

res ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y después sígueme y tendrás un tesoro en el cielo”) y recordar que los apóstoles habían dejado todas las cosas y seguido a Jesucristo, “pensó que Dios le enviaba este pensamiento”. El “Padre de los monjes” comenzó su carrera ascética con un acto de obediencia muy consciente para con Dios, sin intervención de ningún “superior”. Más tarde con el deseo de servir a Dios, empezó a tratar a otros siervos de Dios, no para someterse a ellos, sino para enterarse “de aquello en que cada uno sobresalía en el ejercicio de la vida solitaria”²⁸.

En el largo discurso que San Atanasio pone en sus labios para exponer sus ideas sobre la perfección, habla de la obediencia, pero siempre de la obediencia directa a Dios: “Somos servidores de Dios y estamos obligados a prestarle obediencia completa”²⁹. La virtud más necesaria para asegurar esta obediencia es el discernimiento de espíritus. Casiano lo atribuye a San Antonio³⁰, así como San Atanasio. Los apotegmas de los Padres manifiestan o suponen casi siempre esto mismo: no superiores para mandar ni por su propia iniciativa, ni en virtud de un mandato recibido de arriba, sino como buscadores de respuestas a sus preguntas teóricas y prácticas. Lo importante, lo único importante, es el camino de la salvación, es conocer la verdadera doctrina sobre las virtudes y los vicios, en una palabra, la voluntad de Dios, en todas nuestras actividades interiores y exteriores, individuales y sociales.

²⁸ *Vita Antonii*, c. 2 y 4.

²⁹ *Ibid.* cap. 18.

³⁰ CASIANO: *Conférences II*, 2 y 4, 4.

La vida de San Pacomio habla más claramente, si cabe, en este mismo sentido. “Pacomio estaba triste y su corazón estaba angustiado por el deseo de conocer la voluntad de Dios. Todo estaba oscuro; pero he aquí que se levanta ante él un ser luminoso que le dice: ¿Por qué estás triste y tienes el corazón en angustias? Respondió: Es que busco la voluntad de Dios”³¹.

Pacomio es el fundador del cenobitismo. Interesa examinar si esta institución cambió la noción de la obediencia, como fácilmente podría ocurrir, porque toda comunidad tiene necesidad de un gobierno. Pero existen diferentes formas de gobierno y diversas maneras de gobernar: la que Jesucristo rechaza y la que Jesucristo propone con su doctrina y ejemplo.

Pacomio, prisionero militar, hizo este pacto ante Dios: “Oh Dios, si con tu ayuda me veo libre del peligro en que me encuentro, me dedicaré al servicio de los hombres por el honor de tu nombre”. Esta resolución personal no le dio seguridad y certeza. Y el personaje que se le apareció respondió a su angustiada pregunta: “La voluntad de Dios consiste en ponerse al servicio de los hombres para reconciliarlos con El”. A lo que Pacomio respondió casi molesto: “¿Busco la voluntad de Dios y tú me dices que sirva a los hombres?” Pero el personaje le repitió tres veces: “La voluntad de Dios consiste en servir a los hombres para invitarles a que vayan a El”. La concordancia de esta revelación con su propia resolución convenció a Pacomio. Había alcanzado lo que más deseaba: el conocimiento de la voluntad de Dios.

³¹ R. DRAGUET: Traducción de los fragmentos coptos de la vida de San Pacomio en *Les Pères du désert* (Paris, 1949), p. 88.

Esta voluntad de Dios le hace ponerse al servicio de los demás hombres para llevarlos como él mismo a la paz de Dios mediante la adhesión a su voluntad divina. Este servicio, esta voluntad de servir, convertirá a Pacomio en el "hombre de confianza, en el padre ante Dios" de sus hermanos ³².

Precisamente esta voluntad de servir a los demás, con el fin de llevarlos a Dios, transformó la vida anacórica en cenobítica. En primer lugar "cada uno se bastará a sí mismo y hará su trabajo aisladamente; pero todos harán bolsa común para todo lo que implique preocupaciones materiales". Esto no se consiguió sin contratiempos. Porque faltaba el principio fundamental: el amor de la voluntad de Dios y el deseo de conocerla. "Su corazón no se había vuelto sinceramente a Dios" ³³. Era cómodo para ellos que Pacomio les sirviese en un sentido puramente terreno, tomando con él un aire de superioridad: "Pacomio, criado nuestro, decían, carga nuestro equipaje y llévalo sobre tus hombros al convento" ³⁴.

Después de haber soportado todo esto pacientemente durante cuatro o cinco años, Pacomio comprendió que este primer ensayo había fracasado. Oró largo tiempo, expulsó a los bribones y determinó no admitir en adelante más que a los que estuvieran "resueltos en su propio corazón a hacer penitencia ante Dios": despidió un centenar en un año, cuando el total de los

hermanos del monasterio de la Congregación apenas alcanzaba a unos trescientos sesenta" ³⁵. San Benito hablará, dos siglos más tarde, de estos monjes, "pésima clase de monjes", que "mienten a Dios con su tonsura". No es casualidad que lleven el nombre copto de *Sarabaitas*, confunden su deseo con la voluntad de Dios. "Todo lo que les gusta les parece santo; lo que no les gusta les parece ilícito" ³⁶. Peores aún que los *sarabaitas* son los *giróvagos* (y ahora una palabra griega) "al servicio exclusivo de su propia voluntad..." más vale no hablar de ellos ³⁷.

Pacomio impuso la organización en la anarquía. Pero no cambió el principio fundamental de su gobierno. Este seguía siendo un servicio y jamás degeneró en autoritarismo. Digamos con más precisión: la autoridad, la función del superior, el ejercicio de esta función, jamás se convirtió en un fin. Fue, por el contrario, un medio para el único fin de toda vida cristiana, monacal o no, y que consiste en encontrar la paz del alma en el cumplimiento de todos los deseos divinos.

Próximo a la muerte y al juicio, Pacomio declaró ante todos los hermanos: "Todos sabéis bien cuál ha sido mi pretensión: jamás he reprendido a ninguno de vosotros porque tenía autoridad, sino solamente por el bien de su alma. Jamás he trasladado a nadie de una residencia a otra, ni de una ocupación a otra, fuera de los casos en que yo sabía que era útil hacerlo; jamás he devuelto mal por mal; jamás insulté a nadie que me hubiera insultado, dejándome llevar de la impa-

³² Ibid. p. 91.

³³ Ibid. p. 92.

³⁴ Ibid. p. 93.

³⁵ Ibid. p. 109.

³⁶ *Regula Bened. I, 6-9* (Hanslik).

³⁷ Ibid. I, 10-12.

ciencia y de la ira; sino más bien le instruía con paciencia para que no pecase ante el Señor, diciéndole: "Pase que peques contra mí, que soy un hombre como tú; guárdate solamente de pecar contra Dios que te ha creado. Jamás me he justificado tampoco de un reproche fundado, aunque me lo hiciera un súbdito"³⁸. Aceptaba su reprensión como si me la hiciera el Señor. Y cuando yo iba a un lugar o a un convento, nunca dije, porque tenía autoridad: Dadme un asno para montar..."³⁹.

La vida religiosa tiene su razón de ser en el hambre y la sed de la justicia; dicho de otra manera, por amor de la sumisión a Dios, para el bien del pueblo de Dios, y en modo alguno para proporcionar a algunos la alegría de mandar, la ocasión de alzarse con privilegios, o el medio de atribuirse honores.

Pacomio estuvo enfermo largo tiempo. "Durante cuarenta días guardó cama en la enfermería común de los hermanos, servido en todo como ellos, sin que se hiciera ninguna diferencia entre él y los demás, conforme a la recomendación que él mismo les había hecho antes"⁴⁰. Su cuerpo estaba exhausto por la prolongada enfermedad... Entonces dijo a Teodoro: "Ten la bondad de traerme una manta vieja para cubrirme con ella, porque ésta es demasiado pesada y no la puedo soportar: hace cuarenta días que estoy enfermo, pero doy gracias al Señor. Teodoro marchó en seguida al

Ecónomo a coger una manta buena y ligera; la trajo y le cubrió con ella. Pero cuando nuestro Padre Pacomio cayó en la cuenta de la diferencia de la manta, se indignó contra Teodoro y le dijo: "Qué gran iniquidad has cometido, Teodoro. ¿Quieres que yo sea causa de escándalo para los hermanos que dirán cuando yo muera: Pacomio cuando vivía tuvo mejores satisfacciones que todos los hermanos y que caiga en el juicio de Dios? Entonces Teodoro se la quitó, y trajo otra más vieja y peor que las que tenían los hermanos y se la cambió con ella"⁴¹.

Cualquier búsqueda de sí, cualquier complacencia de sí mismo, distinta de las de los demás; cualquier satisfacción, tomada con independencia de la voluntad de Dios, es una inconsecuencia y hasta una infidelidad para el cristiano decidido a vivir según su fe. Pacomio tres días antes de morir "reunió en torno a sí a todos los grandes (es decir, a los hermanos que tenían alguna autoridad) y les dijo: "Voy al Señor que nos ha creado y nos ha reunido unos con otros para que cumplamos su voluntad..." Esta misma preocupación tiene para el futuro: el sucesor de Pacomio tiene que ser "el que edifique vuestras almas en el Señor". No hay que llorar la próxima partida de Pacomio, porque éste era el mandamiento del Señor, que determina que debe ir junto a todos los padres".

Y el viejo biógrafo termina, justamente, diciendo que "el Señor había visto que Pacomio para cumplir la voluntad divina había crucificado su voluntad de todas las maneras..."⁴²

³⁸ Es decir, para uno que no ocupa ningún puesto de mando.

³⁹ R. DRAGUET: *Les Pères du désert*, p. 116-117.

⁴⁰ En una enfermedad anterior (Draguet, p. 107), Pacomio reprendió a los enfermeros que hacían «acepción de personas», cosa incompatible con el «temor de Dios».

⁴¹ DRAGUET: p. 118-119.

⁴² *Ibid.*, p. 120-121.

Esta es la gran idea que dio origen a la vida monástica y religiosa. El deseo de andar con paso seguro en los caminos de la voluntad de Dios, de cooperar sin equivocaciones en el cumplimiento de los designios de Dios. Los Superiores y los súbditos no tienen más que esta finalidad. Todo aquello que desvía de esta línea merece condenación, cualquiera que sea su origen. Así debería ser en todo tiempo y en cualquier lugar de la cristiandad.

El monaquismo mantuvo en esta pureza por lo menos el principio de esta ley esencial, si no la práctica de la misma. Cuestión histórica muy interesante, pero no es éste el lugar apropiado para tratarla. En cada época es necesario confrontar la práctica actual con la doctrina eterna y con la práctica primitiva en la medida en que ésta tiene un valor doctrinal.

Entre los orígenes y el tiempo actual dos causas han podido falsear el sentido de la institución monacal: la arrogancia de unos y la pusilanimidad de otros. Arrogancia en el sentido de dejar pasar, de indiferencia, de resistencia pasiva.

Arrogancia: hubo abades-príncipes; esto era ridículo; peor aún, abades que jugaban a príncipes y esto era odioso. Gracias a Dios esto ya no existe, pero aún pueden quedar reminiscencias de ello.

Apatía o pusilanimidad: hubo monjes sin vocación, es decir, que entraban en el monasterio sin que el único motivo de su entrada fuera la voluntad de Dios. "Vocaciones" forzadas. Tampoco esto existe en nuestros días. Pero puede haber todavía "vocaciones perdidas",

es decir, monjes en su hábito, pero que no lo son ya en su interior. Aquellos toman con demasiado interés su cargo y olvidan que primero son monjes y accidentalmente superiores; éstos no toman con suficiente empeño su condición de monjes y perdiendo el afecto para con sus superiores lo pierden para con la voluntad de Dios o viceversa.

En la vida común, superiores y súbditos, de tal manera son solidarios en lo espiritual, que se verifica literalmente la palabra de San Pablo: "De esta suerte, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él" (I Cor 12, 26). El malestar será evidentemente mayor, cuanto más sean los sujetos a los que afecta y tienen una función más importante. Una comunidad difícilmente podrá degenerar de su ideal, si el Superior lo mantiene intacto para sí mismo. Más fácilmente podrá causar la defección de la comunidad un superior infiel en el espíritu de su ministerio. Por eso no basta predicar una y otra vez la obediencia a los súbditos. Y mucho menos cuando son los superiores los que lo hacen, si caer en la cuenta de que se exponen a conseguir exactamente lo contrario de lo que pretenden. Extenuados por falta de manjar espiritual, cansados de verse tratados siempre como sospechosos de rebeldía, convencidos de antemano de que siempre que el Superior abre la boca ante la comunidad será para exigir más sujeción, con gran acopio de textos legislativos, capitulares, exhortativos y prohibitivos... sin que salga jamás, sin previa premeditación, una palabra fraternal de un corazón lleno de Jesucristo— todo esto no produce una rebelión en los súbditos sino algo mucho peor: una decepción y un descorazonamiento, una

desafección tan profunda, que ni una voluntad heroica puede neutralizar su veneno.

El único remedio, o por lo menos, la única profilaxis, es predicar primero con el ejemplo y después con la palabra, la Caridad en toda su amplitud, con todas sus exigencias, sus alegrías y sus renunciaciones. Dicho de otra manera: *la teología de la voluntad de Dios Trinidad-Caridad*. La vida cristiana y religiosa carece de contenido si no se la levanta hasta este punto y se la mantiene en estas alturas; la relación superior-súbdito se convierte en una relación totalmente humana o inhumana; en cualquier caso pagana. El *Vos autem non sic*, pero vosotros no así, del Salvador (Salvador precisamente por eso), resulta ineficaz y deja de verificarse a no ser que quizás se le entienda en sentido contrario: una de las maneras de no hacerlo así, es hacerlo peor todavía.

El primer representante de Jesucristo, como Cabeza de la Iglesia, San Pedro, advierte de esto a los pastores en términos magníficos bajo todos los aspectos y por ello merecen una traducción escrupulosamente exacta. Después de haber recordado que la salvación exige mucha paciencia, fe en Dios y práctica del bien, Pedro continúa: "Así, pues, los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden al Creador fiel sus almas, mediante la práctica del bien. A los presbíteros que hay entre vosotros los exhorto yo, copresbítero, testigo de los sufrimientos de Cristo y participante de la gloria que ha de revelarse: Apacenta el rebaño de Dios, que os ha sido confiado, no en fuerza, sino en blandura, según Dios, ni por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo, no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño. Así, al

aparecer el Pastor soberano, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria. Igualmente vosotros los jóvenes, vivid sumisos a los presbíteros y todos ceñidos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia" (I Pe 4, 19-5, 1-5).

En este texto hay que resaltar muchas cosas: 1) El que escribió estas líneas conservó el término que empleó el Maestro al hablar de los poderosos de este mundo: *katakurieuerein* y que solamente se encuentra en otro lugar en el Nuevo Testamento (Act 19, 6) al hablar del diablo. 2) La exhortación a los superiores es diez veces más larga que la que dirigió a los súbditos. 3) Para unos y otros es necesaria igualmente la humildad, y la palabra que emplea a este propósito significa literalmente "abotonar o ceñir sobre sí el vestido llamado *egkomboma*, es decir, el vestido vasto que usaban los esclavos, los pastores... Con esto, ¿cómo no pensar en San Juan, 13, 3 ss. donde el príncipe de los Pastores, "*princeps pastorum*" se ciñe una toalla para prestarles, El, el Maestro y el Señor, el más humilde de todos los servicios? Es necesario que todos, superiores y súbditos, tengamos, como El, preparada la mesa como señal de nuestra diligencia en servir a nuestros hermanos. 4) Esta moral solo se puede practicar, con la constancia requerida, si se la inserta entre la Pasión de Cristo y su glorificación. Esto presupone que nosotros no perdamos de vista jamás la verdadera grandeza que Dios confiere "en el momento oportuno" a los que resistiendo a la diabólica tentación de la vanagloria que merodea por todas partes, saben humillarse "bajo la poderosa mano de Dios".

Esta manera de presentar la moral de las relaciones mutuas no responde solamente a la teología revela-

da; la experiencia y la psicología le prestan muchos elementos. No es posible conseguir una verdadera obediencia, es decir, espontánea y voluntaria, si no se respeta escrupulosamente la verdad. Pero la verdad misma no es verdad, si no es total y los límites puestos no son exactos si no se respeta esta totalidad. Y el respeto de la totalidad incluye un afán jerárquico: las expresiones parciales de la verdad deben dejar a cada elemento real el puesto que le corresponde en sí, y no darle el puesto que a mí me conviene para la consecución de un fin personal, muchas veces inconfesable.

El ejercicio de la autoridad no tiene como fin ni satisfacer mis instintos temperamentales, ni descubrir mis talentos de gobierno, ni eximirme, por motivos superiores, de la sumisión ordinaria y común a Dios, ni, en una palabra, nada que me distinga del común de los mortales en este mundo⁴³, sino contribuir en una ocupación particular, a la realización perfecta del designio universal de Dios sobre las criaturas, sobre estas criaturas especialmente confiadas a mi solicitud fraternal.

San Pedro no parece temer que su insistencia sobre los deberes de los "ancianos" provoque en los "más jóvenes" una reacción de desobediencia. Indica una carencia de psicología el comportamiento de quienes creen que el mejor medio para obtener una virtud de otra persona es fomentar la antipatía lo más posible. Es el método de todos los déspotas, monocordes del *katakurieuëin*, obligados por raquitismo de espíritu y

⁴³ Lo que me distingue me lo han dado por razón del bien común. *I Cor 12, 7.*

ausencia de nobleza de alma a tomar como lema: *oderint, dum metuant* (que odien, mientras tengan miedo). Jesucristo reprueba expresamente este método y lo prohíbe a sus discípulos, porque El es la sabiduría de Dios, porque el Verbo de Dios hecho hombre es dulce y humilde de corazón y porque El sabe lo que hay en el corazón del hombre.

Sólo la verdad libra del vicio y encamina a la virtud.

TERCERA PARTE

***La obediencia
en la vida religiosa***



PRINCIPIOS

En el terreno de la autoridad y de la sumisión la verdad es la teología de la voluntad de Dios, como la hemos intentado exponer. Queda por hacer la aplicación de los principios al caso concreto de la vida individual y comunitaria.

Individualmente todos somos hermanos y ninguno tiene poder legítimo alguno sobre otro. No llaméis a nadie Maestro ni Padre. No tenéis más que un Padre, que está en los cielos, y un Maestro, Cristo.

Todo poder de una criatura sobre otra es legítimo solamente, porque es delegado y constituye una usurpación, si sobrepasa los límites de la delegación recibida. "No tendrías ningún poder sobre mí si no te

hubiera sido dado de lo alto”, dijo el Señor a Pilatos (Jn 19, 11). “No hay autoridad, sino por Dios”, dice San Pablo (Rom 13, 1). Cuando sobre la cátedra de Moisés se sentaban los escribas y fariseos era necesario hacer y observar “todo cuanto dijeren” (Mt 23, 2) por razón de su función. Pero no hacer lo que ellos hacían. Pero y ¿si por casualidad ellos dijeran que hiciéramos lo que ellos? ¿Si sus órdenes o consejos se inspiraran en su conducta, sea para justificarla, sea para camuflarla? En esto radica precisamente toda la dificultad: el súbdito de un superior de esta clase, lejos de encontrar en él su verdadero bien, la certeza de la voluntad de Dios, deberá imponerse constantemente el trabajo suplementario de discernir, si su superior le habla en nombre del mandato recibido, o si abusa de este mandato para sus fines personales. El criterio ha de ser el de San Pedro y San Juan: “¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a El?” (Act 4, 19).

La mera posibilidad de conflicto demuestra que la obediencia nunca puede ser total y absolutamente ciega. Es necesario que de una manera o de otra, yo tenga la certeza de no desviarme al obedecer. Esta necesidad impulsó la constitución de Ordenes, Congregaciones y Monasterios en la Santa Iglesia.

Cada persona tenía antiguamente grandes dificultades para encontrar por sí sola el padre espiritual ideal⁴⁴ y aún hoy día ¡qué difícil es encontrar uno! Pero el que es el único Maestro, el único representante por su propia naturaleza de la Paternidad divina, Cristo Nuestro Señor, solucionó este problema instituyendo la

⁴⁴ Cfr. I. HAUSHERR: *Direction spirituelle en Orient autrefois* (Roma, 1955), p. 56-123.

Santa Iglesia. No es ella la que funda las órdenes religiosas; sabe por experiencia que esto no es necesario. Le basta con no extinguir los carismas. Cuando apenas acababa de prohibir el cuarto Concilio de Letrán la fundación de nuevas órdenes religiosas el año 1215⁴⁵, Honorio III aprobó el año 1216 y 1218 la Orden de los Hermanos Predicadores y el año 1223 la regla de los Frailes Menores⁴⁶. Y después nada pudo impedir su proliferación: la obligación de atenerse a una de las reglas antiguas en nada perjudicó a la variedad sin fin de Constituciones particulares.

Pero la Iglesia está presente para “examinar los espíritus” para ver “si son de Dios” (I Jn 4, 1) para garantizar a los rebaños del Señor la cualidad de los pastos que les ofrecen y la fidelidad de los pastores que les guían.

Por eso entrar conscientemente en una sociedad aprobada por la Iglesia, equivale a aceptar sus constituciones, aun aquellas que se refieren a la elección y nombramiento de los Superiores. Dicho de otra manera, esto equivale a juzgar razonable y suficientemente prudente ante Dios la sumisión a estas normas y a sus consecuencias a pesar de los inconvenientes y de los abusos humanamente siempre posibles. Esta aceptación y esta sumisión suponen que hemos estudiado

⁴⁵ «Para que la demasiada diversidad de religiones no introduzca una grave confusión en la Iglesia de Dios, prohibimos firmemente que nadie en adelante funde una nueva religión; sino que cualquiera que quiera entrar en religión, entre en una de las ya aprobadas. De igual manera, el que quiera fundar de nuevo una casa religiosa tome la regla y forma de las ya aprobadas» (MANSI, 22, 1002).

⁴⁶ Cfr. J. de GUIBERT: *Documenta ecclesiastica christianae perfectionis* (Roma 1931), n. 152 ss.

los textos fundamentales y que este estudio nos ha dado una respuesta afirmativa a la gran pregunta: ¿siguiendo este camino tengo garantía suficiente de no engañarme en el seguimiento de la voluntad de Dios? Si no llegara a esta certeza práctica no tendría derecho a entrar en esta sociedad, o a hacer la profesión en ella. Al hacer yo libremente en ella la profesión, declaro ante Dios, ante la Iglesia y ante los testigos que yo considero esta sociedad, con sus usos y costumbres aprobadas por la Iglesia, como un medio favorable para la perfección de la caridad. “Una vez descubierto el camino al que la Providencia nos invita, nada debe ser obstáculo para realizar generosamente lo que libremente se ha escogido”. La vida será, en adelante, una vida de obediencia, porque por hipótesis, todos comprenden, según la expresión de San Benito, “que por el camino de esta obediencia irán a Dios”⁴⁷.

LA OBEDIENCIA DEL SUPERIOR

Convencido plenamente de que ningún oficio en ninguna sociedad religiosa cristiana, implica una dispensa o una supresión, aun parcial, del deber común de sumisión a Dios, sino, al contrario, creyendo que cuanto la función es más alta, tanto más exige la necesidad de buscar y cumplir su Santa Voluntad y que por esto precisamente los ancianos son el *ejemplo del rebaño* (I Pe 5, 3), el Superior tendrá cuidado de formarse su criterio conforme a este estado de cosas y mantenerse en él, mediante una consideración asidua y una oración continua⁴⁸.

⁴⁷ *Regula monachorum*, c. 71.

⁴⁸ Cfr. *Constitutiones S. J.*, X, 2; IX, 6, 13.

Tendrá siempre presente en su mente y no olvidará jamás:

1) Que entró en Religión, como todos sus súbditos, para obedecer y no para mandar, y que, por consiguiente, el ejercicio de la autoridad no es más que una forma de obediencia.

2) Que su cualidad de representante de Dios no significa que Dios ha abdicado en su favor; que no le da ningún derecho a contravenir la voluntad de Dios ni le exime de buscarla por todos los medios para sí y para los demás.

3) Que si él representa para sus súbditos, dentro de los límites de su delegación, la autoridad de Dios, sus súbditos representan para él la persona misma de Cristo de modo que "todo cuanto hicisteis —o no hicisteis— a uno de estos mis hermanos más pequeños a mí me lo hicisteis o conmigo lo hicisteis" (cfr. Mt 25, 40, 45).

4) Que el ejercicio de la autoridad delegada no es un fin, sino un medio para una cosa más elevada: el bien espiritual, el crecimiento espiritual de los hijos de Dios; la realización de la obra peculiar asignada a cada sociedad religiosa por sus constituciones ocupa siempre un segundo lugar.

Siguiendo estos principios desarrollará su voluntad de servir a Dios en tres campos:

a) *En lo que está determinado por sus superiores mayores, para con los cuales se comportará como él desea que se comporten con él sus propios súbditos.*

b) *En lo que está determinado por las Constituciones, que respetará en su letra y en su espíritu, evitando*

todo aquello que sea contrario a ellas y permitiendo a sus súbditos hacer todo lo que sea conforme al derecho común de la Iglesia o al derecho particular de su congregación. En este sentido no sólo no impedirá, aun con un gesto de displicencia, el libre recurso de sus súbditos a sus superiores mayores, sino que manifestará su complacencia al constatar el uso que hacen de esta libertad.

c) *En lo que se deja a su libre decisión, es decir, en la búsqueda personal de la voluntad de Dios. Sólo en esto es "superior"; en todo lo anterior también él es súbdito: basta que siga viviendo como lo aprendió cuando no era "superior". Ahora que es Superior, ¿ha cambiado algo? Materialmente, sí, formalmente, no.*

A partir de su nombramiento, hasta que expire su mandato, el "Superior", el "Prior", o sea cual sea el nombre con que se le designe, materialmente ocupará el primer puesto en la comunidad; todos le cederán el paso; todos le saludarán obligatoriamente y todos "le hablarán con respeto y sin interrumpirle". El da los permisos, y de éstos, una gran parte no tendrá necesidad de pedirlos para sí, etc. Y todo será sincero de parte de los súbditos, o por lo menos deberá serlo. Sin embargo, el Superior cometerá un error si "recibiera como dedicados a él los inciensos y los cánticos, como el asno que lleva las reliquias; olvida que todos estos honores están ordenados a la carga que lleva sobre sus hombros, sin que él haya cambiado nada ontológicamente...

Aun en medio de todas estas demostraciones, si tiene en cuenta su propia salvación, su salud mental y espiritual, en una palabra, la verdad, deberá buscar

exactamente lo mismo que antes de su elevación, un medio para amar, buscar y hacer solamente la voluntad de Dios. Formalmente no ha cambiado nada en su persona, porque ontológicamente no puede cambiar nada. Debe desconfiar de todo y de todos que intenten inocularle poco a poco la sensación ilusoria (en el sentido francés de error y en el sentido latino de burla) de “no ser como los demás hombres”. Los primeros en burlarse de él serán sus aduladores (esta peste que “vive a expensas de quien les escucha”), una vez que hayan conseguido su favor. Tendrá necesidad de toda su finura psicológica para distinguir “el amigo del adulador”, según el título dado a una obra célebre por aquel hombre honrado, Plutarco. Cuando uno ha sido juguete como particular, puede jurar, aunque tarde, no volver a dejarse llevar más de este juego; pero cuando uno se deja llevar en calidad de superior, las consecuencias las padece la comunidad y el espíritu de comunidad que muere envenenado.

En estilo bíblico: el gran afán del representante de Dios tiene que consistir en apropiarse la justicia, la rectitud, la bondad de Aquel a quien representa. El gran enemigo para esta autenticidad de representación es tanto para el mandatario como para el mandante “la acepción de personas”⁴⁹. Esta expresión oscura ha perdido casi todo su mordiente porque la generalidad de los hombres no sabe que es una derivación del griego *prosopolepsis* y que *persona* en latín, como *prosonon* en griego, significa máscara, mascarada, comedia, o por lo menos apariencia exterior, en oposición a la realidad interior. “El hombre ve la figura, pero Yavé mira

el corazón” (II Sam 16, 8). “Yo, Yavé, que penetro los corazones” (Jer 17, 10).

La razón de esta diferencia entre “las miradas de Dios” y “las miradas de los hombres” no radica solamente en la falta de inteligencia del hombre (esto es perdonable), sino principalmente en el interés inmediato que encuentra en ello: “no hagas acepción de personas, no recibas regalos, porque los regalos ciegan los ojos de los sabios y corrompen las palabras de los justos” (Dt 16, 19). Hay muchas clases de regalos y los regalos materiales no son los más cegadores, sino más bien “los honores, fama y estimación de mucho nombre en la tierra”⁵⁰.

De aquí se sigue que únicamente la perfecta pureza de intención garantiza cualquier función terrena, contra los abusos que le convertirían en una prevaricación, en una verdadera perversión del mayor bien, la gloria de Dios, en provecho de una vanidosa satisfacción humana. San Ignacio lo afirma explícitamente en sus Constituciones: “Que todos se esfuercen de tener la intención recta, no sólo acerca del estado de su vida, pero aun de todas las cosas particulares”⁵¹. Ninguna palabra más apta para expresar la universalidad que el término *cosas*, que excluye cualquier *precisión*, cualquier amputación, cualquier escapatoria. Todo son cosas; y si todos son cosas, también lo es el ser superior, como el ser súbdito: los unos y los otros no deben pretender más que “servir y complacer a la divina Bondad por sí misma”⁵².

⁵⁰ Sumario de las Constituciones, n. 11.

⁵¹ Constituciones S. J., III, 1, 26.

⁵² Ibid.

⁴⁹ Cfr. Dt 10, 17; Act 10, 34; Rom 2, 11; Gal 2, 6; I Pe 1, 17.

Nadie puede pretender obtener legítimamente un beneficio terreno. Pero queda, y por cierto en todo su esplendor, la cosa más hermosa del mundo, de este mundo y del otro, la caridad. Pero la caridad en su relación más cercana a la paternidad divina, porque, efectivamente, el auténtico nombre cristiano del superior es "Abad, Padre", el nombre con que designaron al mismo Dios. La razón de la vida monástica y religiosa, y hasta de la Iglesia misma, es "dar a Dios, nuestro Padre, hijos que se le parezcan"⁵³ porque imitan al Hijo de Dios, hecho hombre y obediente hasta la muerte en una cruz por amor. El capítulo segundo de la Regla de San Benito debería figurar, por lo menos en su contenido sustancial, en todas las Constituciones de las Ordenes religiosas.

LA OBEDIENCIA DEL SUBDITO

"Subordinado" o "súbdito" (cfr. Lc 2, 51: *erat subditus illis*—les estaba sujeto) no es equivalente a "inferior". El término superior acabó por introducir el de inferior. Unos y otros son términos comparativos de superioridad de un adjetivo calificativo: alto, más alto; bajo, más bajo (superioridad en la cualidad de medida).

Como sinónimo de prepósito o preboste, o de abad o de prior, el término superior no es ya un adjetivo, sino un sustantivo o un adjetivo sustantivado. Por eso el nombre abstracto correspondiente no es el de *superioridad*, sino el de *superiorato*. Confundir estas dos cosas equivale a tomar las luciérnagas por linternas. Esta confusión no podía tener lugar con los nombres tradicionales de abad, prepósito, prior; porque éstos

⁵³ I. HAUSHERR: *Direction spirituelle en Orient autrefois* (Roma 1955), p. 311.

implicaban un hecho y no una cualidad. El preposición *praepositus*, respondía exactamente al *subditus*, dos participios pasados pasivos que connotan la intervención de otro, sin relación alguna con las razones que la hubieran motivado.

El mayor inconveniente del término "superior" es que entraña casi fatalmente el término de "inferior" y esto implica una injusticia manifiesta. Yo puedo "tener por humildad a otros como superiores" (Flp 2, 3), pero, ¿cómo puedo al mismo tiempo denominar inferiores a aquellas personas a las que San Pablo me ordena tenerlas por *superiores*? Indudablemente no se trata de algo que se verifica en el mismo plano: lo uno se verifica en el orden administrativo y jurídico y lo otro en el orden ontológico, natural o sobrenatural. ¿Por qué imponerse a sí mismo y a los demás la obligación continua de hacer esta distinción, cuando es tan sencillo encontrar unas denominaciones exentas de todo peligro de equívoco?

Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre, el Maestro y el Señor, estaba *sujeto* a Jesús y María. ¿Quién se atrevería a decir que era inferior a ellos, o era su inferior? Por eso, podrá más tarde, con plena conciencia de su dignidad superior, rebajarse hasta lavar los pies a sus discípulos; pero no hubiera podido hacerlo, si hubiera temido incurrir en el menosprecio de aquellos a quienes servía. "Hablando de mí vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy" (Jn 13, 13). Lo mismo ocurría en Nazaret; su Madre y San José sabían que la única razón justificante de su sujeción para con ellos era la necesidad que tenía de estar "en las cosas de su Padre" (Lc 2, 49) y que por este mismo motivo un día no atenderá a la petición de

su Madre más que en la hora señalada por el Padre celestial.

Jesucristo nos enseña la perfección de la obediencia, y que la obediencia es perfecta precisamente porque respeta toda la verdad, la cual es también el cumplimiento de toda la justicia y la salvaguarda de toda dignidad.

Todo aquello que implica un relajamiento falsea la sumisión. La doctrina cristiana de la autoridad y de la obediencia, en la medida en que la vivió en Nazaret, salva el honor y la dignidad de todos: de los superiores a los que impide caer en la necesidad de infatuación o en la grosería de la fuerza bruta; de los súbditos a los que impide envilecerse en un complejo de inferioridad o en una convulsión de rebelión. A unos y a otros impone la obligación de engrandecerse por la indomable voluntad de servir a un solo Maestro; porque este Maestro es tan grande que el servirle es la única grandeza de toda criatura.

El súbdito ejerce también su sumisión a Dios en tres campos:

1) LO QUE DECIDE SU SUPERIOR

Pondrá todo su interés en obedecer lo más exactamente posible, "no solamente en las cosas de obligación, pero aun en las otras, aunque no se viese sino la señal de la voluntad del Superior, sin expreso mandamiento"⁵⁴. Sea lo que fuera de la llamada obediencia

⁵⁴ *Constituciones S. J.*, VI, 1, 1.

ciega, el obediente por su parte debe procurar ver lo más claramente posible, para conocer las preferencias del Superior, sin forzarle a recurrir al último medio que es la orden formal. Así proceden los hijos bien nacidos para con sus padres; así lo haría seguramente el joven Jesús con José y María; *les estaba sujeto*, y no sólo esto, sino que les obedecía. Así hace la caridad para con el prójimo, adivina, como María en Caná. Así lo hacen espontáneamente todos los hijos de Dios a la indicación de una voluntad paternal, que hay que cumplir, sea cual fuere el órgano que la transmite. Y para todo aquel que voluntariamente ha entrado en una sociedad religiosa, el órgano transmisor, garantizado por la Iglesia es el Superior legítimo.

Esta prontitud en la obediencia debe ir acompañada, naturalmente, de un gran sentido común. No se puede poner a un superior en un callejón sin salida, en virtud de una interpretación demasiado literal de sus palabras y de sus gestos. No faltan ejemplos de este exceso de conformismo en las Vidas de los Padres y aun en las biografías más recientes. Esto podía tener consecuencias ridículas o lamentables. No hay huelga más destructiva que la aplicación estricta del reglamento.

Para evitar estas consecuencias odiosas de un obediencia a ultranza, no olvidemos nunca que como las demás virtudes la obediencia adquiere su valor por la caridad, que le da su "forma". Caridad para con Dios a quien en definitiva únicamente obedecemos; caridad para con el superior "para que cumpla su cargo con alegría y sin gemidos, que esto será para vosotros poco venturoso" (Heb 13, 17).

En un tratado completo de obediencia habría que insistir largamente en este punto, que ordinariamente lo pasan por alto o lo explican en términos demasiado vagos e imprecisos. No se trata solamente de amar de un modo general a los superiores "muy de corazón como a padres" en Jesucristo, sino de una manera más concreta, facilitarles el ejercicio de su función. A este respecto la regla de oro consiste en ayudarlos "mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gal 6, 2). Esto vale igualmente para los superiores y los súbditos. Unos y otros deben preguntarse siempre antes de actuar si su actuación no hará más pesada la carga del otro. Descargar sobre los demás la carga, para no tomarla sobre sí, es fariseísmo (cfr. Lc 11, 46); es siempre lo opuesto a lo que hizo Jesucristo al tomar sobre sí la carga más pesada de todas, el pecado del mundo...

Y para animarse a obrar como El, más que como los fariseos, jamás hay que perder de vista que "en todo os he dado ejemplo mostrándoos cómo, trabajando así, socorréis a los necesitados recordando las palabras del Señor Jesús que El mismo dijo: mejor es dar que recibir" (Act 20, 35). Indudablemente "no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos" (II Cor 12, 14) y normalmente el superior "se debe desgastar por sus súbditos"; pero "¿porque les ama con mayor amor, será menos amado?" (1. c. 15). Jamás se repetirá suficientemente que la perfección consiste en la caridad que es sumisión a Dios por amor, precisamente lo contrario de la rebeldía y de la falta de fe; para con el prójimo benevolencia de corazón y prontitud de voluntad para imponerme una vida más austera a mí que a él; lo con-

trario de la explotación y en consecuencia de la adulación y de la tiranía.

“Todos vosotros sois hermanos” —aun cuando se os llame padre—, siempre es verdad que no tenemos más que un Padre, el Padre celestial (cfr. Mt 23, 9), y aun cuando sea el más miserable, el más inepto, siempre *en pasin mikroteros*, es decir, tan pequeño que cualquier recién llegado se crea superior a ti (cfr. Lc 9, 48) aun entonces y en cierto sentido de manera especial entonces, la solicitud de Nuestro Señor Jesucristo y sus dignos representantes será especial para ti (cfr. Mt 25, 40) y tú serás grande ante El que es la Verdad (cfr. Lc 9, 48).

Grandeza de la autoridad delegada cuando es sumisión a Dios y a la caridad; grandeza de la obediencia cuando es caridad y sumisión a Dios. Ni complejo de inferioridad por una parte, ni simplismo de superioridad por otra; verdad y caridad por ambas partes: sólo Jesucristo nos salva a todos.

2) LO QUE DETERMINA LA REGLA

Quizás había que haber puesto esto en primer lugar... Sin embargo, ni San Pacomio, ni San Benito, ni San Ignacio, ni ningún fundador ha sido precisamente un legislador, y mucho menos un jurista. Se le haría una injuria imperdonable a San Ignacio si se tomase la introducción de sus Constituciones, como un procedimiento literario, un exordio insinuante o un lugar común. Este preámbulo, sin saberlo su autor, corresponde exactamente a lo que San Ireneo afirmaba que era esencial a cualquier criatura: *fides et subjectio*.

1) Fe en “la suma Sabiduría y Bondad de Dios Nuestro Señor, porque Ella es la que *hace*, es decir, en este caso: “debe conservar, regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla”. 2) Sumisión a “la ley interior de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones”.

Todo esto invade y domina las Constituciones, como el espíritu prevalece sobre la materia que informa. Las Constituciones no tienen más razón de ser que “ayudar a mejor proceder conforme a nuestro Instituto en la vía comenzada del divino servicio...” Esta es la gran afirmación: “ayudar en la vía del divino servicio”. Por eso tienen que ser las Constituciones una ayuda y todos las deben considerar así.

Sea lo que fuere de las Constituciones propiamente dichas, y de su adaptación a los tiempos y lugares hay que tener como ciertas dos cosas:

a) Es fundamental para la salud moral y para la honradez, no continuar leyendo como si tuviesen valor actual, normas que han perdido su carácter de hecho y de derecho. Esto equivale a fomentar en los mejores súbditos el desprecio de la ley.

b) Por la misma razón interesa no multiplicar reglas, reglamentos, estatutos, ordenaciones, prohibiciones generales, bajo pretexto de salir al paso a todas las circunstancias. Esta señal de debilidad de los Superiores produce fatalmente el efecto contrario: los aplican a sí aquellos para quienes no están destinados, y aquellos para quienes están dados, ni siquiera los oyen; si los oyen, creen que son para otros, a no ser que se limiten a levantar los hombros y reirse de ellos.

La multiplicidad de las leyes echa a perder las repúblicas —y más aún las monarquías porque esto implica una especie de abdicación del monarca: *Corruptissima respublica, plurimae leges*—, decía Tácito⁵⁵.

Como es necesario que todos observen las leyes existentes, así (y quizás aún más) es necesario no ahogar el espíritu de la ley. Ahora bien, aquí el espíritu de la ley es el amor de la voluntad de Dios: no hay amor sin espontaneidad, ni amor de la voluntad de Dios sin la conciencia de una libertad plena. El “culto racional” (*logike latreia*: Rom 12, 1) la adoración en espíritu y verdad solamente implica una coacción que cada uno ejerce sobre sí mismo libremente. Por lo menos ese *mínimum* de libertad que deja en pie el temor servil, pero no el temor servilmente servil. La vida cristiana no se adapta a este mal caminar; y la vida religiosa no tiene otra razón de ser que hacer más rápida y segura la ascensión al grado superior, único digno de los hijos de Dios y que consiste en “proceder en espíritu de amor y no turbados de temor”⁵⁶; en querer “pretender (en ellos puramente) el servir y complacer a la divina Bondad por sí misma y por el amor y beneficios con que nos previno”⁵⁷.

Esta disposición de corazón, diríamos esta salud del alma, no se podría encontrar ni mantenerse ni desarrollarse fuera del clima del Reino de Dios que describe San Pablo con el nombre de la caridad⁵⁸.

Dos trazos de esta descripción merecen en especial una atención permanente: 1) “Se complace (la caridad) en la verdad (*congaudet veritati*), es decir, que cuando la verdad aflora en la conciencia, lejos de reprimirla, se goza y se deleita en ella, deseando siempre conocerla más perfectamente para conformar a ella sus pensamientos, sus sentimientos y sus actos, aun cuando no halague los instintos de vanidad y superioridad sobre otros. 2) Este amor supremo de la verdad no tolera búsqueda alguna de intereses personales. Hay que coger o dejar: o “se alegra de la injusticia”, o “se complace en la verdad” conocida y realizada, sea que exista ya sin mí, sea que yo la deba realizar, rehacer o salvaguardar. Hasta tal punto que la mejor garantía de la lealtad mental para cada uno es el desprendimiento de sus propios intereses y la franca colaboración en el bien ajeno. Lo que más acerbamente se opone a esto es la costumbre, la inclinación de ver en el de enfrente a un enemigo.

Estos principios deben regir cualquier sociedad, aun puramente natural y política, como lo expone magistralmente Juan XXIII en la más notable de las Encíclicas, *Pacem in terris*. ¿Acaso las sociedades religiosas van a ser una excepción? Mejor sería entonces no entrar en ellas, porque esto sería fracasar.

3) LO QUE QUEDA A LA PROPIA INICIATIVA

A este respecto surge o por lo menos puede surgir una cuestión. Para los que hacen voto de obediencia no es mejor para hacer todo en virtud de este voto, no obrar jamás por propia iniciativa, sino esperar que

⁵⁵ *Annales*, III, 27.

⁵⁶ *Constitutiones S. J.*, VI, 1. 1.

⁵⁷ *Ibid.* III, 1, 26.

⁵⁸ Cfr. I Cor 13, 1-13.

venga siempre la iniciativa de los Superiores. En otras palabras: "ser como bastón de hombre viejo" o "como un cadáver" de modo que no quede nada a la libre decisión del "súbdito".

El primero que empleó estas comparaciones, usadas más tarde por San Ignacio, estaría muy arrepentido de haberlas empleado, si uno de sus discípulos hubiese tomado estas imágenes al pie de la letra. La peor resistencia es la resistencia pasiva, al menos a la larga; y aquí se proponen estos "modelos" para toda la vida. Creemos que este lejano y anónimo inventor de la obediencia ciega, y más aún San Ignacio que todos sabemos que no era un imbécil, no la entendían así. Los intérpretes deben explicar a sus hermanos cómo la ha entendido cada fundador o legislador religioso. Pero para todos existe una cuestión previa: ¿cuál es la forma más perfecta de la sumisión a Dios: la que se presta a Dios directamente sin intermediario humano o la que se presta a través de un mandatario debidamente acreditado? Más claramente aún: ¿Cuando se conoce ciertamente la voluntad de Dios por un medio que no es el Superior, la intervención de éste aumenta el mérito del súbdito?

Un ejemplo esclarece mejor el problema y demuestra al mismo tiempo cuán fácilmente a lo largo de los tiempos se pierde el sentido de una institución a veces con perjuicio de la sana razón y de la sana moral.

Algunos superiores o algunas superiores creen que les pertenece el derecho de dar a sus súbditos el permiso para morir cuando están enfermos. Es costumbre, es una santa costumbre tan tradicional desde no se sabe cuántos años y es tan hermosa. Nada da a los

superiores una idea más alta de su función y a los "inferiores" un sentimiento más vivo de su sumisión.

El joven monje Dositeo se estaba muriendo de una enfermedad pulmonar. "Sufre mucho y envía un recado al gran viejo (San Barsanuvo): Déjame partir, no puedo más. El viejo le envía una contestación: Paciencia, hijo mío, porque la misericordia de Dios está cerca. El bienaventurado Doroteo (enfermero y maestro de novicios de Dositeo) le veía sufrir mucho y temía que pudiera ser contraproducente. Nuevamente, después de algunos días, Dositeo comunica al viejo: Señor, estoy en el límite de mis fuerzas. Entonces el viejo le respondió: Vete en paz. Toma un puesto junto a la Trinidad Santa e intercede por nosotros"⁵⁹.

Esto sucedió en el monasterio de Seridos, un poco al sur de Gaza en Palestina, en la primera mitad del siglo VI. Su historicidad está garantizada como la de cualquier otro relato biográfico.

Literalmente, el venerable San Barsanuvo dio al pequeño Dositeo permiso para ir a la eternidad. Esto no tiene que ver nada con el permiso de morir. Todo el contexto literario e histórico demuestra que San Barsanuvo quiere dar a este antiguo paje, monje desde hace apenas cinco años, otra cosa muy distinta y mucho más apreciable: la seguridad de su salvación eterna. Oye que le dicen que su penitencia es ya suficiente, que no tiene ya nada que temer, que puede marchar en paz, porque le acogerá la Trinidad Santa. Basta leer algunas líneas siguientes: "Al oír la respuesta del viejo

⁵⁹ *Vie de S. Dosithée*, n. 10 en DOROTEO DE GAZA, *Oeuvres spirituelles*, ed. L. REGNAULT («Sources chrétiennes», 92), p. 139.

se indignaron y dijeron: qué ha hecho o qué ejercicio especial realizaba para que oiga que le dicen esto”⁶⁰. Todo el epílogo justifica a Barsanuvo y pone en evidencia a los murmuradores, al revelar las grandes virtudes del santo y finalmente una visión le hace aparecer en el cielo.

San Barsanuvo no dio a San Dositeo permiso para morir, sino una absolución o algo equivalente a una absolución. Los superiores no deben apropiarse el contenido de esta historia que dice relación a las ideas reinantes en aquel tiempo acerca de la penitencia.

En cuanto al aspecto teórico de la cuestión es necesario admitir que ésta existe y que merece la pena de examinarla objetivamente y a fondo. De aquí se deduce la pretensión de salvar lo que se podría denominar el “obedientismo” para hacer “juego” con lo que se denomina “autoritarismo”. Este consiste en hacer que los súbditos pierdan siempre algo, cuando se ven obligados a decidir por sí mismos. Quizás todos perderían efectivamente algo: los unos la satisfacción del prurito intervencionista, tan frecuente en quien ha gobernado mucho tiempo y que a veces persiste aun fuera de su gobierno. Los otros perderían esa malsana pasividad, alimentadora del infantilismo y adormecedora de la vida, sobre todo, de la vida interior. Se vuelve a plantear la cuestión: ¿No ganarían todos más de lo que pierden y en parte precisamente por razón de estas mismas pérdidas? Hay que responder: sí, todos ganarían en la verdadera sumisión a Dios, es decir, en la caridad para con El y para con el prójimo.

Porque el gran error en esta materia consiste en creer teórica y prácticamente que Dios ha abdicado. El Superior no es un “vice-Dios” en el sentido de un virrey o un vicepresidente, es decir, que ejerce las funciones de un rey o un presidente en ausencia de ellos. *Dios jamás está ausente.* Siempre puede intervenir. Y cuando Dios habla, la criatura, cualquiera que sea, no puede hacer más que callar o repetir la palabra de Dios añadiéndole: Amén.

Ahora bien, hay un campo que Dios se reserva con exclusión de cualquier intermediario. Y este campo es más extenso que aquel en que admite la intervención de sus mandatarios. Hemos hablado más arriba de su voluntad de beneplácito. Ninguna criatura me puede mandar algo que no dependa de mí; y es ridículo “permitirme” lo que no puedo evitar, como por ejemplo, caer enfermo o morir. Cuando esto sucede el Superior y el súbdito se deben inclinar en silencio, o diciendo: “Justo eres, oh Yavé, y justos son tus juicios”⁶¹. ¡Cuántas injusticias pueden cometer los que exigen a otros más de lo que pueden dar! Meter en la cárcel a un deudor insolvente, hasta que pague el último céntimo, es condenarle a cadena perpetua a no ser que se le den en la cárcel los medios para adquirir lo que le falta.

Esto ofrece un amplio campo de reflexión para todos, sea para no imponer a otros cargas imposibles o difíciles de llevar (cfr. Lc 11, 46), sea para no poner como pretexto o exagerar la dificultad. Una nueva ocasión para unos y otros de respetar la verdad y de conformarse con la voluntad de Dios.

⁶⁰ Ibid., n. 11, p. 139-141.

⁶¹ Sal 118 (119), 137.

Queda el campo en el que cualquier criatura puede ejercer su voluntad libre, cada cual en su propia función. Concretemos delimitando y precisando el problema: Cuando el súbdito de un superior conoce la voluntad de Dios, ¿es inútil para él y para el trabajo común la intervención del Superior mediante un mandamiento, un consejo o una enseñanza? Así propuesta la cuestión, deja a un lado cualquier consideración de utilidad para el Superior. Citemos la carta de San Ignacio sobre la obediencia: "Y pues sois ciertos que por su amor os habéis puesto debajo de obediencia, sujetándoos a la voluntad del Superior por más conformaros a la divina..."⁶². ¿Pero no puede haber certeza plena sin intervención del Superior? ¿Debo yo renunciar a procurarme esta certeza por mis propios medios? ¿Y qué debe hacer el Superior: mantener a estos súbditos en la incapacidad de formarse un juicio prudencial por sí mismos o hacerles poco a poco formarse su conciencia por principios válidos para todos? ¿No podrán hacer jamás para su propio gobierno lo que el Superior tiene que hacer para el gobierno de la comunidad?

Quizás debería hacerse precisamente esta distinción que corresponde al doble fin de las sociedades religiosas: la santificación de cada miembro y la obra de apostolado común. Hay, sin embargo, una respuesta previa, que la tomaremos de Santo Tomás.

El Doctor Angélico "afirma explícitamente, que si un hombre hace el bien no movido por su propia razón, sino por consejo de otro, hace bien, pero no lo hace todavía de una manera perfecta. El acto humano no

⁶² IGNACIO DE LOYOLA: *Carta de la obediencia*, n. 16.

es perfecto más que cuando lo dirige la propia prudencia. El gobierno de otros es una participación en el gobierno divino... El mejor gobierno es el que hace a los otros capaces de dirigirse a sí mismos... Santo Tomás dice que... la docilidad es necesaria para todo hombre por las limitaciones e imperfecciones de la razón humana, pero, añade, que es más perfecto dirigirse por su propia razón que movido por consejo de otro"⁶³.

Generalmente los Padres espirituales admiten este principio. Ya que los "padres espirituales" en nuestros días no son jurídicamente superiores, ¿deberán inspirarse en principios opuestos? ¿Y mantener a los súbditos en la mayor dependencia posible, sin permitirles jamás el acceso a alguna autonomía?

Esta última expresión puede tener diversas acepciones que es necesario distinguir. En un sentido absoluto, ningún ser es autónomo: ni Dios, porque es absurdo imaginárnoslo dictándose *leyes* a sí mismo: ni ninguna criatura, porque es una contradicción concebirla totalmente desgajada de su subordinación al Creador. La palabra "autonomía" sólo puede tener un sentido relativo o sentidos relativos, según se mire desde el punto de vista de los hechos o de la capacidad de regirse a sí mismo.

La capacidad de gobernarse por su propia prudencia, en la medida de su existencia, constituye una superioridad humana, porque es la mayor semejanza de Dios. Nadie puede decir que es mejor no aspirar a

⁶³ J. PALSTERMAN: «La direction des autres d'après saint Thomas d'Aquin», *Eph. Theol. Lovan*, 37, 1961, p. 503-536.

ello, o impedir a otros tender a este fin. La caridad ordena que queramos para los demás los bienes que poseemos. Todos los hombres tienen ciertas perfecciones que no tienen otros. "La caridad consiste precisamente en comunicar esas perfecciones a los otros" ⁶⁴.

Cuántas veces he oído a los superiores lamentarse que no tenían personas que les pudieran ayudar, porque ningún súbdito suyo tenía el talento suficiente. Y no caían en la cuenta de que 1) su lamento sonaba a falso, porque no acababan de eliminar cierta nota de agrado, o cierto reclamo de admiración; 2) que si decían la verdad se acusaban a sí mismos de no haber cumplido con su deber de comunicar a otros algo de su propia superioridad; 3) esta falta de caridad es también una falta de prudencia, de abnegación, de paciencia y de otras muchas virtudes, es decir, una inferioridad, si no es una culpabilidad de ellos mismos.

Conviene, pues, favorecer o fomentar en todo ser humano la capacidad de decidirse por sí mismo, para honra de Dios, y bien de la criatura. Sin esta capacidad, ¿dónde está la verdadera sumisión a Dios? y ¿en qué se convertiría la *alegría* de la obediencia filial? Tenía razón San Ignacio al escribir: "Y no os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío que le podáis enteramente restituir en la obediencia al que os le dio" ⁶⁵. ¿Pero cómo lo pondré en manos de Dios, si otros, aunque sea en su nombre, me despojan de él? La obediencia no es obediencia, si no es voluntaria y libre; no de una vez para siempre, sino cada vez, porque en esta materia no vale "una vez por todas". La

falta de ejercicio atrofia cualquier aptitud física o psíquica. Si se me priva de cualquier ocasión, y sobre todo, si se llega a convencerme de que es un mal o un bien menor hacer uso de mi razón práctica, ésta se endurecerá, se mecanizará, se atrofiará. Seré un mutilado de cerebro y de carácter por la mayor gloria de Dios...

Es, pues, necesario, dejar plenamente a los súbditos la libertad de razonar y la facultad de deliberar y un campo donde puedan tomar decisiones... Obedecer es hacer suya la decisión contenida en un hecho o en un mandamiento con conocimiento de causa. No es en manera alguna aceptar; al contrario, es una reacción humana que transforma la aceptación de lo impuesto de fuera por el obrar de dentro. Jamás se *obedece* como un cadáver o como un bastón: si la obediencia pudiera penetrar estas dos cosas muertas haría revivir el cadáver y reverdecer el bastón.

⁶⁴ Ibid., p. 556.

⁶⁵ IGNACIO DE LOYOLA: *Carta de la obediencia*, n. 7.

NECESIDAD Y LIMITES DEL DIALOGO ENTRE EL SUPERIOR Y EL SUBDITO

Solamente en las vidas de los Padres, la obediencia ciega hace reverdecer un palo seco, regado durante un año por el abad Juan ⁶⁶. Y en verdad, si todos, antes de tomar una decisión, debieran reflexionar como si el Superior no hubiese pensado nada, ¿a dónde iríamos a parar? Tenemos que dejar en su punto la *manera* de proceder en toda esta cuestión, sin perjuicio de nadie.

⁶⁶ Ibid., n. 18; cfr. JUAN CASIANO, *Institutions cénobitiques*, IV 24, 2-4 («Sources chrétiennes», 109, p. 155-157 y la nota).

1) DOS CAMPOS

Para proceder con claridad hay que distinguir dos campos en los que se manifiesta la voluntad de Dios y en los que se ejercita, en consecuencia, la autoridad del Superior y la docilidad del súbdito.

Estos dos campos corresponden a los dos fines de cualquier institución religiosa: el fin principal es la salvación y perfección de sus miembros y el fin secundario, la obra común exterior, de apostolado o de caridad, en servicio del prójimo. "El fin de esta Compañía es, no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos"; esta fórmula, que es la regla segunda del sumario de las Constituciones de la Compañía de Jesús, se encuentra en todas partes en términos parecidos, fuera de las antiguas reglas monásticas como la de San Benito. Aun ésta, bajo el nombre de *Opus Dei*, distingue la obra de la comunidad como tal y la *conversatio* en general, la *conversatio morum* que cada uno promete el día de su admisión⁶⁷. Con la debida proporción, lo que digamos de las órdenes y congregaciones religiosas se puede aplicar también a los monjes, de los que no nos ocuparemos más, salvo para aclarar por comparación la situación actual.

La función de abad, como lo indica su propio nombre, comenzó como función de Padre espiritual. Se llamaba *Abbas*, a un asceta dotado de carismas, especialmente del don de la *discreción*. Los que recurrían a él solamente le pedían consejos para su propia vida

⁶⁷ *Regula monachorum*, c. 58.

espiritual. "Decidme una palabra: cómo conseguiré mi salvación". Para responder a esta pregunta hacía falta tener "el carisma de la palabra"⁶⁸, sin ningún carácter de superior de orden jurídico. Con la fe esto era suficiente para obtener la certeza de la voluntad de Dios. Ni siquiera hacía falta todo esto: los ejemplos hablan y quizás más eficazmente. Este era el consejo de San Pedro, de San Antonio, como lo hemos visto, y de San Poemen, el "pastor" por antonomasia. "Un hermano le preguntó al Abad Poemen: Unos hermanos habitan conmigo, ¿quieres que sea su Superior? El viejo le dijo: No. Haz más bien lo que tienes que hacer, y si ellos quieren vivir, ellos sacarán la conclusión por sí mismos. El hermano replicó: Padre, ellos quieren que yo les mande. El viejo dijo: ¡De ninguna manera! Sé un modelo y no un legislador⁶⁹.

¡Han tenido que pasar siglos para llegar a esto! Es tan difícil ver claro en cosas fijadas por una larga y aparentemente sacrosanta tradición. Sin embargo, nada se impone con mayor evidencia que la distinción entre el discernimiento de espíritus —función del espiritual— y la prudencia o el saber hacer de las empresas colectivas en las que sobresalen muchas veces personas espiritualmente mediocres. Prudencia "de mando", prudencia política, prudencia económica, prudencia militar⁷⁰; nada de esto es necesario para la vida espiritual propiamente tal; nada de esto da tampoco competencia en las cosas del espíritu.

⁶⁸ *Apophthegmata Patrum*, serie alfabética, Poemen n. 108 (PG. 65. 348 D), Cfr. J. C. GUY, «Remarques sur le texte des *Apophthegmata Patrum*» *Rech. Sc. Relig.*, 43, 1955, p. 252-258.

⁶⁹ *Apophthegmata Patrum*, Poemen n. 174 (PG. 65, 364 C).

⁷⁰ SANTO TOMAS DE AQUINO, *Summa theol.* 2, 2, q. 50, a 1-4.

El derecho canónico suprime para los súbditos la obligación de abrir su conciencia a los superiores en confesión y fuera de confesión. Prohíbe a los superiores que tienen jurisdicción para confesar, usarla habitualmente con sus súbditos. La iniciativa de manifestar su conciencia tiene que ser siempre "libre y espontánea" de parte de los súbditos. "Conviene que acudan a ellos con confianza, manifestándoles, si son sacerdotes, las dudas y congojas de su conciencia" ⁷¹.

Estas prescripciones chocaron a algunos que tenían una legislación contraria. Pero no hacen más que volver a las fuentes; todos los documentos antiguos afirman o suponen que la primera condición requerida para establecer legítimamente un vínculo entre el padre y los hijos espirituales, es la *fe* de los discípulos en los carismas de su maestro. Se sabía y se admitía como axioma evidente que la confianza no se impone. Pero poco a poco, por olvido o sin olvidarlo del todo, se ensayó un método menos costoso: "Donde en un principio la iniciativa partía del discípulo e iba al espiritual al que se entregaba con confianza, se introdujo poco a poco una codificación y el control de una autoridad. Los superiores olvidaron fácilmente que estaban obligados a impulsar con todo su ser a los súbditos a hacer aquello que tenían que hacer, más que imponérselo por su poder" ⁷².

En otros términos, se trató el gobierno de las almas, asunto puramente espiritual, como la gestión de una empresa, que depende de la ciencia y del talento natural. O a la inversa, como si la clarividencia es-

piritual diera una competencia en las obras de orden social. Esta confusión acarrea tarde o temprano graves inconvenientes. No es el mismo el diálogo del padre espiritual con el dirigido o el del superior con el súbdito; so pena de suprimirlo en ambos casos, lo cual constituiría el más desastroso despotismo.

2) DIÁLOGO EN ORDEN A LA SANTIFICACIÓN PERSONAL

En la dirección espiritual, tanto la doctrina tradicional, como la psicología exigen del discípulo una apertura total del alma al "anciano" a quien eligió como guía de las cosas de su espíritu. El padre espiritual es un médico que no puede indicar los remedios adecuados, sin un previo diagnóstico integral. Y aun cuando tuviese una clarividencia milagrosa que le hiciera captar los secretos de los corazones, debería oír las confidencias espontáneas del enfermo, porque la eficacia de la dirección se basa fundamentalmente en la confianza del discípulo. Es la primera en el tiempo, porque es la que hace dar los primeros pasos en la vía de la dirección, y la primera también en importancia, porque todo depende de ella, y de la falta de confianza o fe provienen todos los males. "Señor, Señor, líbranos de toda falta de fe, de toda búsqueda indiscreta y guárdanos con tu gracia divina", como leemos en *Simeón Estudita*. Evidentemente esta fe supone el carácter espiritual del futuro director. Pero éste quedaría inoperante, si la fe del discípulo no le impulsara a obrar... "El acto más esencial y eficaz del Maestro es la oración por sus hijos en Dios" ⁷³.

⁷¹ C. I. C., Canon 530; cfr., c. 518, § 2.

⁷² I. HAUSHERR: *Direction spirituelle en Orient autrefois*, p. 227.

⁷³ *Ibid.*, p. 246-247.

En tercer lugar “la eficacia de la dirección espiritual dice relación al carisma que posee el padre, de ser órgano del Espíritu Santo. Sabemos que el discípulo debe estar profundamente persuadido de esto; en esta creencia consiste su fe. Es inútil insistir más. Pero es necesario repetir que este carácter pneumático no opera por sí mismo; no es una taumaturgia del descubridor; si existe taumaturgia en el caso, no surte sus efectos sino provocada por la fe del demandante, como en general cualquier potencia milagrosa”⁷⁴.

No vamos a volver sobre el problema de si esta fe puede ser impuesta desde fuera, en razón de que uno está sentado en la cátedra de Moisés (Cristo mismo, para alcanzarla, hace referencia a las obras). Por el contrario, ciertamente muere, como estrangulada, con la primera decepción, es decir, desde el momento en que el discípulo cae en la cuenta de que sus confianzas no sirven para su propio progreso espiritual en la paz y en la seguridad.

Tanto más cuanto que la misma tradición de acuerdo con la psicología impone al dirigido, *después del diálogo* de confianza total, una obediencia igualmente total. Cosa menos difícil, o ni siquiera difícil, mientras dura la confianza. Buscando, por hipótesis, su progreso espiritual y estando seguro de realizarlo, siguiendo a su guía, marchará alegremente y sin preocupación, como lo han constatado y afirmado los que lo han experimentado. No perjudicará a nadie ni pondrá en peligro ningún resultado terreno, porque no existe un resultado que se pretende conseguir, y el progreso

⁷⁴ Ibid., p. 248.

espiritual, que consiste en una mayor caridad, será un bien para todos.

Preguntaba un día al viejo, el abad Juan, discípulo del abad Barsanuvo: “Maestro, dice la Escritura que tenemos que entrar en el Reino de los cielos por muchas tribulaciones. Ahora bien, yo no tengo ninguna tribulación. ¿Qué debo hacer para no perder mi alma? Porque yo no tenía ninguna tribulación, ninguna preocupación. Si me venía un pensamiento cogía una tablilla y escribía al viejo —porque yo le preguntaba por escrito antes de estar a su servicio— y apenas lo había escrito ya sentía alivio y provecho. Esta era mi tranquilidad y mi reposo. Sin embargo, como yo ignoraba el poder de la virtud y oía decir que era necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de los cielos, me inquietaba, porque no pasaba por estas pruebas. Cuando confié al viejo mi temor, me dijo: “No te inquietes; esto no es para ti. Todos los que viven en la obediencia de los Padres, tienen esta tranquilidad y este reposo”⁷⁵.

3) DIÁLOGO EN RELACIÓN CON LA OBRA (DE APOSTOLADO) COMÚN

¿La frase de San Doroteo que acabamos de citar vale también para las obras de apostolado tan diversas? En cierto sentido, sí. Pero con grandes diferencias y según sea antes o después de la decisión del Superior.

⁷⁵ DOROTEO DE GAZA: *Instrucción I*, 25; trad. L. REGNAULT página 185.

Antes de la decisión

El diálogo no es necesario de la misma forma. El Superior, director de la obra común, puede tener competencia suficiente, sea por su talento natural, sea por su experiencia personal, sea por informes recibidos de otra parte. No tiene necesidad de preguntar ni oír más que a aquellos que le imponen las constituciones o la prudencia de la que él mismo es el juez. Esto en rigor de los principios canónicos.

Peor tenemos que pensar que el derecho canónico ni ningún otro derecho agota la teología y no inutiliza la psicología. Estas, la ciencia de Dios, y la ciencia del alma, pueden exigir a veces a un superior que proceda según el *summum ius* enfrentándose a ciertas intrigas para gobernar en su nombre por maniobras o adulación. La falta de rectitud no tiene derecho más que a una corrección, a fuego y hierro sobre el yunque. La tentación puede venir por querer ser suaves con aquellos que parecen terribles como el poder de las tinieblas y mostrarse "fuertes" contra los débiles. Doble debilidad, triplicada con la mentira. La clarividencia y la lealtad pide que el Superior sea fuerte contra las maquinaciones y contra sí mismo, poniendo en peligro hasta su propia situación por afán de justicia y caridad.

Fuera de esta necesidad de resistir a las sinuosas tentativas de usurpación, la teología y la psicología, en otras palabras, la caridad y la prudencia, deben inclinar al superior a comportarse con los suyos más amigablemente que despóticamente (dominativamente) y aun más fraternalmente que paternalmente.

Por lo tanto *antes de la decisión*. Nuestra época quiere ser la época del diálogo, y no la de la polémica y de la controversia. Todos están dispuestos a acoger *al otro* admitiendo a priori su lealtad, sea la de un credo o de una ideología contraria. ¿Solamente sería imposible un diálogo entre superiores y súbditos? Sin embargo, aquí debería ser no sólo más fácil, sino más agradable, como una conversación entre hermanos que deseen colaborar al mismo designio de Dios, su Padre. *No es posible el diálogo con quienes tiene, o cree tener o que debe tener siempre razón.*

Y sin embargo es preciso afirmar que "los superiores siempre tienen razón". Como es razonable afirmar que la obediencia no se equivoca nunca. ¡Pero cuántos abusos se cometen en nombre de un principio tomado en mal sentido!

Que la obediencia no se equivoca nunca, lo hemos expuesto suficientemente más arriba: es decir, cuando se la presta concretamente a Dios. Con esta condición también el Superior tendrá siempre razón. Pero esta condición exige a todo aquel que no tiene la garantía de una orden de un superior legítimo, que tome sus decisiones con las precauciones impuestas por la prudencia, según la importancia de cada problema y que no decida nada por sí ni por otro sin haber formado bien su conciencia.

El diálogo se sitúa aquí, en el período de información. Rechazar el diálogo a esta altura es un pecado contra Dios y contra los hombres y además contra la recta razón. Esta repulsa sólo puede venir de mala disposición de la voluntad humana que acepta a la ligera el peligro de no concordar con la voluntad de

Dios, o de una infatuación de orden mental que se traduce en una autosuficiencia que le hace creerse en la posesión de la verdad. *Jamás ha sido señal de inteligencia tener demasiado fácilmente la certeza*, lo mismo que no es señal de delicadeza de alma gozarse en la afirmación de sí mismo. Estas dos cosas van unidas frecuentemente o por temperamento o como resultado de una larga costumbre. El acostumbrarse al superiorato produce frecuentemente la pose, el gesto de superioridad con todo lo que lleva consigo de altisonancia, de repulsa, de arrogancia o de condescendencia, de paternalismo, de sonrisas, de buenas palabras sin efecto, de satisfacción de sí mismo y de un inconsciente desprecio de los demás. Por eso, para el bien de los súbditos y aun de los mismos superiores, es necesario limitar la duración del superiorato.

Aun entre los monjes está sometido a revisión el sistema del abad vitalicio⁷⁶. En los institutos religiosos más recientes o ningún superior es vitalicio o lo es únicamente el Superior General. Solamente existen las reelecciones o los renombramientos. Y esto produce cada vez una nueva crisis en los súbditos que no tienen confianza espontánea en el Superior reelegido o nuevamente nombrado. Prácticamente se ven obligados a “abandonar toda esperanza”, o a convertirse en adúladores. Por otra parte, con demasiada frecuencia los religiosos o religiosas que han saboreado el superiorato no se resignan a entrar en la igualdad con los demás: sienten como un fracaso, una humillación, una

⁷⁶ Cfr., por ejemplo, P. SALMON: *L'abbé dans la tradition monastique*. Contribution à l'histoire du caractère perpétuel des supérieurs religieux en Occident. Paris, 1962.

injusticia. De tal forma que al expirar su mandato fuerzan a los Superiores mayores a buscarles otro puesto de gobierno. Tenían una buena ocasión para sentirse “contentos en cualquier abyección o posición en el último rango”; para admitir “no solamente con palabras sino de corazón su inferioridad y su minusvalía” y tantas otras cosas hermosas que leemos y decimos tantas veces y tan a gusto mientras sólo duelen a los demás⁷⁷.

Y así en la misma raíz del superiorato existe muchas veces el cáncer de la voluntad propia, pésima preparación para enseñar a los demás el amor soberano de la voluntad de Dios. ¿Luego ésta solamente sería aceptable cuando me pone sobre el pavés? Y si esto es así para uno, ¿por qué no lo será para aquellos que pretende uno gobernar? La única respuesta posible es: “Yo no soy como los demás hombres”. Sobre la cátedra de Moisés...

Es, pues, necesario examinar seriamente si no conviene cambiar más veces a los superiores por caridad para con ellos mismos y para con sus súbditos. El Padre espiritual puede ser permanente a juicio de los interesados.

En todo caso conviene admitir que los “superiores” son hombres como los demás y evitar como una peste cualquier apariencia (¡cuánto más la realidad!) de una casita cerrada, elegida, predestinada, trascendente... Desgraciadamente no pocos síntomas dan indicios de la existencia de semejante realidad: ¿por qué a los superiores se les llama *reverendos* y no a los de-

⁷⁷ Cf. *Regula monachorum*, c. 7.

más?⁷⁸. Los catálogos conservan todavía la tradición primitiva que desconocía esta distinción. ¿Por qué hay “ejercicios para superiores” como si el Espíritu Santo, principio de unidad, no fuera el mismo para todas las religiosas, superiores o no? Que se celebren “sesiones” o “cursos”, conferencias, ejercicios prácticos para estas o aquellas funciones, entre ellas la de superiores, pero que no se dé la impresión de dos espiritualidades, una para las elegidas y otra para las réprobas... Y qué pensamos entonces de esto: El Señor Jesús no nos llama siervos, sino amigos y la señal es que El nos ha dado a conocer todo cuanto recibió de su Padre (Jn 15, 15). Cuando esta señal no existe totalmente y cuando los superiores se rodean de un halo de secretos, temible para el súbdito como una alambrada cargada de electricidad, ¿se puede creer en sentimientos de amistad o de estima? ¿Y cómo se puede justificar que algunos tienen tanta menor confianza en sus “inferiores” cuanto mayor tienen en sí mismos? ¿A cuántos de estos “inferiores” el superior les ha hecho el honor de llevarles como compañeros en un paseo o en una visita? En este aspecto hay actitudes y costumbres que son una verdadera afrenta. Con mucha fe en Dios y, a veces, con un auténtico heroísmo, el súbdito puede sobrellevarlos en silencio, pero no puede impedir que maten en él la fe en los sentimientos paternales y amistosos del superior. Por su parte el Superior acepta todo esto alegremente y le parece que todo va bien en el mejor de los mundos. Algo ha muerto. Precisamente todo aquello para lo que fue concebida e instituida la vida de comunidad.

⁷⁸ ¿Será para indicar que el sacerdocio merece menos respeto que el prebostazgo?

Mientras dure esto, ninguna reforma administrativa o canónica, ninguna innovación de orden cuantitativo o reglamentario puede suprimir las causas del malestar; todo ello no son más que remedios, drogas, medicaciones, y como tales aportan mayores inconvenientes que ventajas si se multiplica y prodiga su uso. Lo que conviene es un clima sano y éste se crea con ideas humanas y cristianamente justas.

No es justo creer que Cristo Nuestro Señor abolió la dirección del hombre por el hombre, pero tampoco es justo comportarse como si Cristo no hubiera cambiado radicalmente el espíritu de esta dirección y de esta sujeción.

Nadie está obligado a entrar en la vida religiosa. Si entra, y sobre todo, si ha hecho ya la profesión, se supone que conoce lo que es la vida religiosa y tendrá que aceptar las consecuencias de su acto. Parece que debe saber lo que su Superior puede exigirle legítimamente y que no puede honradamente exigir de su Superior que no tenga defecto alguno; y por consiguiente deberá obedecer a su Superior en todas las cosas en las que no hubiere pecado manifiesto ni violación de las Constituciones. Salvo excepciones, la orden del Superior indica infaliblemente al súbdito la voluntad de Dios: lo único, que por hipótesis, vino a buscar en la vida religiosa.

Pero la infalibilidad en especie solo atañe al obediente. La obediencia (cuando puede existir, es decir, cuando el mandamiento humano no es contrario al mandamiento de Dios), la obediencia no se engaña nunca. Tampoco la autoridad en su sentido originario, es decir, cuando se trata de Dios solamente. Pero el man-

datario del único Señor y Maestro se puede engañar, siempre que no se trate del Papa cuando define "ex cathedra". Esto implica posibilidad de error en un ámbito casi ilimitado. Pero esto no tiene más que una importancia secundaria, humana y terrena. Basta que el error no sea posible en orden a la salvación eterna, para que el obediente conserve una paz completa en la fe en Dios.

El súbdito ha de tener caridad para con el prójimo y también para con su superior. Precisamente, porque éste soporta una responsabilidad de la que libera al súbdito; por otra parte el Superior no tienen ninguna garantía ni certeza fuera de la gracia de estado y ésta en vez de dispensarle, le obliga a emplear todos los medios de los que dispone la prudencia humana. Sabiendo esto, el súbdito debe sentirse obligado como beneficiario de un gran sacrificio y estará dispuesto a ayudar a su superior en la medida que éste le permita. Este es el verdadero sentido del diálogo, forma moderna de lo que antiguamente se denominaba "representaciones". Cuando éstas se inspiran principalmente en su propio interés, carecen de toda dignidad y no hacen más que empeorar la atmósfera; pero facilitan las relaciones si llevan el sello de una caridad sincera. Como es un desdoro para un hombre que se respeta a sí mismo, y más para un cristiano consciente de su honor, echar su peso sobre espaldas ajenas, tanto es más noble tomar sobre las propias espaldas todo el peso y aún por añadidura disminuir el peso ajeno. El mandamiento de llevar los unos el peso de los otros (Gal 5, 2) vale en los dos sentidos: del superior al súbdito y del súbdito al superior. La relación entre superior y súbdito debe ser ante todo, y única-

mente, una relación de benévola amistad fraternal, con un matiz paternal y filial, según los casos.

Esta es la doctrina inmutable de Cristo. La práctica debe acercarse más o menos a este ideal. Pero siempre habrá dificultades que obliguen a uno a perdonar a los otros siete veces o setenta veces siete al día. Por eso hay que eliminar lo más posible todas las causas de malentendidos, conflictos, resentimientos, frialdades, etc. Todo esto nace y prospera, como los champiñones, en la oscuridad. En las inseguras fronteras siempre hay escaramuzas; cada uno echa la culpa al otro, quizás de buena fe y siempre con el sentimiento de su justo derecho y aun de su deber.

Después de la decisión

Cualquiera que sea el diálogo que haya precedido, hay que tomar una decisión y esto pertenece al Superior. Hasta entonces, es decir, hasta que la autoridad legítima haya tomado la decisión, yo me mostraré dócil de dos maneras: una estando siempre dispuesto a aceptarla, cuando la tome, y otra contribuyendo según mis medios a que la tome con conocimiento de causa. Por eso yo me vigilaré constantemente para no dejar germinar, crecer o endurecer en mí un apego a mi propia voluntad, como tal. Recordaré siempre que la propia voluntad estropea todo, cuando no se identifica total y filialmente con la de Dios. No olvidaré que la mejor garantía de esta pureza de corazón y de intención es imitar al grano de trigo —Jesucristo— que consiente en desaparecer y "morir" para llevar mucho fruto, para la salvación del mundo (cfr. Jn 12, 24).

Dentro de estos límites, el obediente no se engañará jamás y el superior tendrá siempre razón: es decir, cuando obtenidos todos los informes, decide en último término. Entonces "auctoritas locuta est, causa finita est" (habló la autoridad, la cuestión ha terminado) hasta que nuevos hechos no obliguen a replantear la cuestión. Hasta entonces (y esto puede durar toda la vida, como puede cesar de repente) el obediente puede y debe, con toda paz, dedicarse al trabajo prescrito por el superior, es decir, colaborar a la obra común según las directrices del superior.

¿Y qué hacer de las propias ideas, que quizás sean diferentes de las del superior?

La única respuesta auténtica viene dada por dos palabras de San Ignacio: *obediencia de juicio*. En esto no está prohibido, al contrario, es necesario más que nunca reflexionar para comprender lo que esto quiere decir. Sin esto se mete uno en un laberinto y se convierte a San Ignacio, genio del buen sentido, en un "minus habens" del género tiránico.

Distingamos dos cuestiones: 1) ¿qué es lo que se debe someter, el entendimiento, como facultad, o los actos del entendimiento?; 2) ¿cuál es el campo propio de esta sumisión? Ignacio emplea tres expresiones: *obediencia de entendimiento*, *obediencia de juicio* y *obediencia de juicios*. Se trata, por lo tanto, de los actos y de la facultad; más exactamente, de la facultad en el ejercicio actual.

Pero ¿se trata de la actividad total del entendimiento, de manera que no tenga ya derecho a tener ideas propias personales aun antes de cualquier decisión del superior? Esto no sería una sumisión sino una

extinción. Ignacio querría entonces una Compañía, conjunto de hombres, que no solamente hubieran modificado su voluntad propia, sino que hubieran matado su inteligencia. Todo lo contrario de lo que quiso de hecho y practicó. Por su enseñanza y su vida sabemos cuántas veces consultó a sus compañeros, cuántas precauciones tomó, cuánto oró, con qué meticulosidad cuidó asegurarse de su indiferencia y enseñó a otros a desconfiar de la suya para garantizar la pureza de intención en cualquier elección que tenían que hacer o cualquier decisión que deberían tomar. Y según esta enseñanza vivió plenamente los *Ejercicios espirituales*.

No es necesario ir tan lejos. El texto de la carta de la obediencia demuestra, o mejor dicho, afirma que no se trata de problemas especulativos, sino de cosas prácticas; y sobre todo, no de cosas ciertas sino opinables. Ignacio comienza por admitir (no podía hacer otra cosa) que, ante su propio objeto que es la verdad, la inteligencia no tiene libertad alguna y no puede someterse a la voluntad libre. Esta no puede intervenir más que "en las cosas, ciertamente numerosas, en las que no se impone la evidencia de la verdad conocida".

En nuestro lenguaje actual esto se denomina opinión, más que juicio. Y este campo es mucho más extenso que el de la certeza. Ignacio supone que los suyos, como él mismo, no toman sus reacciones instintivas como intuiciones infalibles, y que se habitúan a practicar intensamente esta sana crítica de sus propias ideas, de la que son un testimonio las reglas de discreción de espíritus⁷⁹. Supone, en una palabra, que darán una prueba de inteligencia evitando cualquier juicio

⁷⁹ Cfr.: *Ejercicios espirituales*. nn. 313-336.

definitivo siempre que hay en contra un argumento serio.

Estas precauciones terminan en la prudencia, que es la forma de todas las virtudes humanas. Cuanto más grave es el objeto de nuestras deliberaciones, tanto más conviene tomar un tiempo de reflexión personal y consultar una persona más prudente. Esto justifica plenamente el recurso que hace San Ignacio a la Escritura sobre este punto: "No te apoyes en tu prudencia (Prov 3, 5) y al asentimiento de los "prudentes", porque "es propio de la prudencia no fiarse de la propia prudencia". Esta es la opinión del más grande de todos ellos, Sócrates: "Mi buen Cratylo, estoy admirado de la sabiduría de mis dichos y desconfío de ello. Por eso me parece necesario reexaminar mis propósitos. No hay nada más odioso que dejarse engañar de sí mismo. Pero cuando el engañador no cede, sino que siempre permanece allí, ¿cómo no temblar?"⁸⁰.

Si en un superior es señal de falta de inteligencia alcanzar la certeza con demasiada facilidad, no se ve por qué el súbdito no vaya a admitir que "su entendimiento puede engañarse en lo que le conviene". Nada más lógico, por lo tanto, que entrar lealmente en el diálogo que siempre supone, aun entre iguales, que cada uno "está dispuesto para buscar razones para defender" la opinión de su interlocutor. Y no para enfrentarse a él, para dominarle; el *katakurieu* condenado por Cristo y rechazado por San Pablo cuando se trata de superiores y súbditos (Act 19, 16), ¿estará justificado en sentido inverso?

⁸⁰ PLATON: *Cratilo*, 428 d.

En un religioso para con el superior habría en esto además una falta de lógica, porque nadie entra o no debería entrar en religión, sino para cumplir más perfectamente la voluntad de Dios, de la que el superior es el intérprete acreditado. Además de esta falta de lógica para consigo mismo, habría que añadir una falta de fe para con Dios y su Providencia: una caída de la altura de las miras cristianas, a la prosecución de intereses terrenos humanos. Finalmente, para colmo de males, una opción contra Cristo, al rechazar el ser como El obediente hasta la cruz para la salvación del mundo.

Por lo tanto, siempre el superior tiene razón, en su misión propia, que consiste en tomar la decisión en última instancia en las cuestiones de orden práctico. Tomada ya la decisión, el súbdito debe considerar como superfluo el diálogo, por lo menos con el superior inmediato. Ya no es tiempo de discusiones, aun interiores, sino de un esfuerzo noble para "buscar la justificación de la orden del superior". Ningún problema es tan grave, tan duradero o tan urgente que no podamos o no debemos interrumpir a veces su consideración y posponer, aplazar, su solución definitiva. La mayor parte no tienen más que una importancia relativa y pasajera. El veredicto del superior debería parecer como una liberación de los afanes que nos amenazaban con cargas irracionales. Conformarnos con el mandamiento del superior —fuera del caso de un pecado manifiesto— constituye un ejercicio saludable de higiene nerviosa, moral e intelectual. Porque en último término en "las cosas agibles" hay que poner fin a los razonamientos bajo pena de quedarnos siempre sin pasar a la acción. Tiene que haber una autoridad que ponga fin

a las deliberaciones y que dé paso con ello a las actitudes realizadoras.

En cualquier caso es un síntoma de buena salud quedarse tranquilo por lo menos durante algún tiempo después de la decisión de un superior subalterno. Por lo menos durante el tiempo necesario para reflexionar haciendo oración al mismo tiempo. Si entonces, dice San Ignacio, en esta actitud respetuosa para con Dios, os parece que debéis hacer una representación, podéis hacerla, con la condición de conservar la paz en el desprendimiento.

Está también permitido recurrir a la autoridad de categoría superior en el orden jerárquico. Pero es un error absoluto poner la paz del corazón en el triunfo de la propia voluntad o de las ideas en que se funda. Aun cuando tengamos razón, tenemos que renunciar a la verdad en sí y no por simpatía a esta verdad que me parece favorable momentáneamente para mí. Si yo amo la verdad en sí misma no haré distinción entre la que me agranda o disminuye.

Si por encima de todo yo amo la verdad viva y personal, instintivamente preferiré aquella que garantiza mejor mi adoración en espíritu y verdad, es decir, mi propia abnegación.

Si yo amo a Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, tendré en el fondo del corazón una inclinación secreta y querida hacia lo que es más humilde y oscuro, porque ésta es la mejor garantía de mi entrega y semejanza al Hijo Bien Amado. En una palabra, fuera del caso del pecado manifiesto, cualquiera que sea, superior general o el último subalterno, pondrá

por encima de cualquier otro motivo de gloria, el de criatura y el de hijo de Dios: y como tal, excluyendo cualquier otro manjar de vanidad o de mentira, buscará y saboreará el Pan bajado del cielo, "omne delectamentum in se habentem", la carne y la sangre del Hijo de Dios hecho hombre, es decir, el servidor de Yavé por excelencia obediente hasta la muerte de cruz para la gloria del Padre y salvación del mundo.

EPILOGO

El único título de nobleza para cualquier criatura es el de siervo de Dios. Todo lo que no es puramente servicio de Dios, es una defección muchas veces camuflada de falsa grandeza por la congénita imbecilidad humana. La búsqueda de la propia excelencia, la *delectatio morosa* de su propia superioridad echan al hombre y a la mujer del paraíso que Dios les sigue ofreciendo. Suprimid ese peso de una complacencia necia de sí mismo, y ya nada se opone a la cordialidad del diálogo. Si ambas partes empezamos por no dejar a un lado el espíritu filial para con Dios nuestro Padre, todas nuestras relaciones de hijos de Dios serán fraternales. Momentáneamente superior por una función, no olvidaré que soy también por esencia "consiervo" de

mis súbditos; súbdito por propia elección y preferencia colaboraré eficazmente a la búsqueda del sumo bien, que es la voluntad de Dios.

Así, en estas relaciones de superiores y súbditos, como en todas las cosas, el único hombre, la única enseñanza, el único ejemplo, la única Persona que salva verdaderamente la dignidad de los hijos de Dios, es Nuestro Señor Jesucristo. Reconoceremos que esta doctrina, su doctrina, es de Dios (cfr. Jn 7, 17), si unos y otros voluntariamente queremos hacer la voluntad del que nos lo envió.

Entonces, nuestras almas glorificarán al Señor, porque ha hecho maravillas en nosotros (cfr. Lc 1, 46 ss.) y como consecuencia saltarán de gozo en Dios hecho conscientemente nuestra salvación.

INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION	7
<i>Primera parte</i>	
NATURALEZA DE LA OBEDIENCIA	17
La obediencia del creyente	19
1) La obediencia del creyente vista de parte de Dios ...	20
2) La obediencia del creyente vista de parte del hombre .	22
La obediencia según Jesucristo	25
1) El hombre nuevo: Jesucristo	25
2) Cualidad de la voluntad de Dios según Jesucristo ...	29
3) La obediencia, honor y felicidad de toda criatura ...	35
<i>Segunda parte</i>	
LLAMADAS A LA OBEDIENCIA O SEÑALES DE LA VOLUN- TAD DE DIOS	41
El hecho	43
1) El hecho aceptado	44
2) Interpretación del hecho	52
El mandamiento	59
1) El beneficio de la Ley	60
2) Incertidumbres	62
3) Origen de la vida monástica	64
4) Forma de mantener ese espíritu	72

Tercera parte

LA OBEDIENCIA EN LA VIDA RELIGIOSA	79
Principios	81
La obediencia del Superior	85
La obediencia del súbdito	91
1) Lo que decide su Superior	93
2) Lo que determina la Regla	96
3) Lo que queda a la propia iniciativa	99
Necesidad y límites del diálogo entre el Superior y el súbdito.	109
1) Dos campos	110
2) Diálogo en orden a la santificación personal	113
3) Diálogo en relación con la obra (de apostolado) común.	115
Antes de la decisión	116
Después de la decisión	123
EPILOGO	131